

IN

MI

Mujeres
que
cruzaron
fronteras

GRA

DAS

IN
MI
GRA
DAS

Textos: Aída María Bengochea y Geraldine Gabriela Parola

Fotografías: Esteban Widnicky

Retoque fotográfico: Isabel Roldán

Diseño: Sara Paoletti

Este proyecto se llevó a cabo entre el Centro Conviven Socio Educativo,
Cultural y Comunitario Asociación Civil y la Dirección General de la Mujer G.C.A.B.A.

Widnicky, Esteban Ariel

Inmigradas: mujeres que cruzaron fronteras /

Esteban Ariel Widnicky; Gabriela Parola; Aida María Bengochea; fotografías de Esteban Ariel Widnicky.

1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Esteban Ariel Widnicky, 2017.

84 páginas. 23 x 23 cm.

ISBN 978-987-42-6600-2

1. Inmigración. 2. Derechos de la Mujer. 3. Mujeres.

I. Parola, Gabriela. II. Bengochea, Aida María. III. Widnicky, Esteban Ariel, fotog. IV. Título

CDD 305.4

Libro es cultura.

IN MI GRA DAS



Índice

Prólogo	7
Presentación	11
Relatos	
Lo personal arraiga en lo colectivo	14
La boca hablando, las manos trabajando	20
Vivir el barrio	26
Las plazas de las mujeres	32
Distintas orillas para un mismo mar	38
Como pajarita en la grama	44
Curar la tristeza	50
Al andar se hacen derechos	56
De lejos dicen que se ve más claro.....	62
El reloj del tiempo detenido	68
Galicia en un jardín	72
En ñandutí y crochet se teje la vida	78

Prólogo

Inmigradas es un libro que entreteje historias de vida de mujeres que vinieron desde lejos, que llegaron al país en distintos momentos y hoy viven en la Argentina. Son historias de tránsitos, de memorias, de desarraigo y de luchas colectivas.

Son mujeres que llegaron desde España, Bolivia, Cabo Verde, Colombia, Paraguay, Perú, República Dominicana, Siria y Venezuela. Aída María Bengochea, Geraldine Gabriela Parola y Esteban Widnicky se adentraron en la tarea de reconstruir sus recorridos, su cotidianeidad, sus desafíos. Son doce mujeres, pero en sus voces podemos intuir la diversidad de experiencias de los cientos de miles de inmigradas que habitan en el país. Sus recorridos, sus luchas, sus desafíos como mujeres inmigradas. ¿Por qué sólo mujeres? Podrá interrogar algún/a lector/a. Hay una decisión autoral en esta selección, al mismo tiempo que da cuenta de una realidad ilustrada por los estudios sociológicos: uno de los rasgos más notables de la inmigración regional a la Argentina es la elevada presencia de mujeres, que superan a la migración masculina cualquiera sea su procedencia. Las mujeres llegan para mejorar su situación económica y la de sus familias. A veces, dejan hijos en las tierras de origen, a cargo de otros familiares –mujeres, en su mayoría– y sostienen la expectativa de reunirse en cuanto las condiciones lo permitan. La perspectiva de género trajo nuevas miradas a los estudios sobre migración: mostró que las migraciones no son exclusivamente motivadas por cuestiones económicas. Hay mujeres que se desplazan por razones afectivas: sea por amor, o para alejarse de relaciones violentas. Migran para dar lugar a una nueva forma de vida¹. El libro ilumina estos tránsitos de mujeres, su integración a la sociedad argentina, sus derechos como ciudadanas.

1. Cerrutti, Marcela (2017) “Desatando nudos: género, familia y migración en la Argentina”, en Faur, Eleonor (comp.) *Mujeres y varones en la Argentina de hoy. Géneros en movimiento*. Buenos Aires, Fundación OSDE-Siglo XXI editores.

Migrar es un derecho en la normativa de la Argentina (Ley 25.871 de 2004). Como tal, constituye el piso mínimo para una vida digna de quien se radica en el país. A partir de allí, cada historia de vida se organiza en el libro mediante la recuperación de historias (personales y colectivas) en la conquista de otros derechos: la identidad, la educación, la participación política, la vivienda, la justicia, la reunificación familiar, entre otros.

Los relatos se nutren de palabras y de voces, que se hilvanan en delicados textos, y en hermosas fotografías. Textos e imágenes que invitan a adentrarnos en las memorias y en los derroteros cotidianos de estas mujeres, desde las cuestiones más inmediatas vinculadas con ganarse el pan, hasta la conquista de espacios que amplían su ciudadanía: la participación en colectivos que, junto con otras mujeres, fortalecen sus identidades y posiciones en la sociedad de la que hoy son parte.

Los relatos creados por Aída María Bengochea y Geraldine Gabriela Parola, nacen de una mirada antropológica y sociológica –resultado de las respectivas profesiones de sus autoras–. A través de sus entrevistas, ellas buscaron generar un clima intimista, sutil en la observación de lo cotidiano puesto en contexto, de modo de volverlo vívido y que permita inquirir a través de la percepción de las propias mujeres.

Las fotografías de Esteban Widnicky nos conducen hacia los pliegues más íntimos de estas mujeres. Vemos rostros que transmiten un dolor profundo, y rostros que reflejan la satisfacción por lo conquistado, los sueños todavía encendidos. En cada caso, vemos una imagen que puede duplicarse o fragmentarse. Un vidrio, un espejo o un prisma intervienen para multiplicar a estas mujeres e interpelarnos frente a la ilusoria noción de identidades sin fisuras. El espejo nos trae, en tiempo presente, una evocación del pasado o del futuro. Cada mujer es, por lo menos, dos mujeres: la que se presenta ante la cámara en Buenos Aires y la que quedó en el país de origen. El recurso visual interviene como una metáfora potente, pero también como una hipótesis acerca del desarraigo.

Así, el libro nos invita a adentrarnos en un viaje que confirma, una vez más, que “lo personal es político”, y que las migraciones son mucho más que ideas estigmatizadas y que normas abstractas. Son procesos que, con renunciadas, sueños, esperanzas y una importante carga de trabajo, emprenden y protagonizan mujeres y varones que buscan mejorar sus condiciones de vida. Y así, los recorridos subjetivos se entretajan con la historia social y colectiva, y en este caleidoscopio, Aída, Geraldine y Esteban nos brindan la oportunidad de adentrarnos en mundos cercanos y, al mismo tiempo, distantes y nos regalan un material exquisito cuyos usos y apropiaciones pedagógicas y políticas son potencialmente extraordinarios. Por todo ello, celebramos el alumbramiento de este libro y su contribución a la construcción de una sociedad más plural e igualitaria que reconozca los derechos conquistados de todas las personas que –como reza la Constitución de la Nación– deciden habitar el suelo argentino•

Eleonor Faur

Buenos Aires, 4 de diciembre de 2017

Presentación

Este libro nos lleva al encuentro con doce mujeres que han migrado. Es parte de un proyecto¹ que tiene el propósito de enlazar la migración con los derechos de las mujeres y, desde ese entrecruzamiento, invitar a la reflexión y contribuir a la sensibilización con un sentido de aprendizaje. Porque, bueno es recordarlo, la migración es un derecho humano, esencial e inalienable².

Inmigradas nos presenta a mujeres que cruzaron fronteras, mujeres que llegaron a este país porque alguna vez debieron, quizás eligieron, dejar otro, mujeres que iniciaron un movimiento real, que significó también un movimiento íntimo y singular. Modelándolo en sus experiencias y vivencias personales, apropiaron un universo distinto, sin desprenderse del todo de paisajes, aromas, lenguas, afectos, que traían desde antes y desde otro lugar. Y en ese proceso de aprendizaje y apropiación, también les tocó reconocerse, a veces de un modo doloroso, en los imaginarios creados en torno a su doble condición de mujeres y migrantes, atravesadas por razones de clase, etnia y nacionalidad.

Con la palabra “inmigradas”, intentamos develar el lugar de las mujeres en los procesos migratorios, reconocerlas y descubrirlas en la acción sostenida por sus derechos. El término busca dar cuenta de una presencia activa, contundente, hacedora, presencia que intentamos reflejar en el primer plano de sus figuras y en la recreación de sus voces.

Cada una de las doce historias de estas mujeres remite a un derecho buscado, alcanzado o por lograr. Sin embargo, ninguna de ellas se ciñe estrictamente al derecho escogido. Al tiempo que lo enuncia en palabras o lo transita en hechos, lo va enhebrando con vivencias, emociones, recorridos que refieren a la vida misma en su multifacética experiencia.

1. El Proyecto INMIGRADAS, *Imágenes y relatos de mujeres que cruzaron fronteras*, fue seleccionado entre los presentados a la Convocatoria de Proyectos Sociales 2016 de la Dirección General de Fortalecimiento de la Sociedad Civil del Ministerio de Desarrollo Humano y Hábitat del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y aprobado bajo la modalidad de gestión de asociada entre la Asociación Civil Centro Conviven Socio Educativo, Cultural y Comunitario y la Dirección General de la Mujer. Su ejecución tuvo lugar a lo largo del año 2017.

2. En la República Argentina, la Ley 25.871, promulgada el 20 de Enero de 2004, reconoce, en su artículo 4°, el derecho a la migración como “esencial e inalienable de la persona”.

Los nombres de los derechos fueron, en algunos casos, insoslayables desde el inicio. En otros, nacieron de una pregunta o surgieron como epítome en el discurrir de las entrevistas. Como podrá verse, no siempre esos nombres remiten a algún derecho convencionalmente declamado y amparado en el discurso ciudadano y por las leyes. Ciertos derechos de los aquí escogidos, o, más bien, sus nombres, tienen sello personal y abrevan en los más íntimos sentimientos de quienes así los quisieron llamar.

Cada historia fue escuchada en el marco de una entrevista. Cada relato nacido de esas historias fue cuidadosamente compartido con sus protagonistas para que nos devolvieran apreciaciones y sugerencias. Las entrevistas con estas doce mujeres significaron un encuentro personal y profundo con la condición humana. Cuando se ofrece la posibilidad de la palabra, pero también la del silencio, el llanto o la risa, las vivencias fluyen con una intensidad intranscriptible, sostenidas en las inflexiones de la voz, en los gestos, en la postura corporal. La riqueza expresada en la palabra cobra otra dimensión en el contexto.

Las entrevistas representaron, también, espacios invalorable de conocimiento. Cuando nos disponemos con genuina curiosidad a aprender, se abren puertas al asombro, a nuevas preguntas y a reflexiones nunca concluyentes sino habilitantes de más ricas perspectivas.

El libro reúne, además, imágenes de las doce mujeres protagonistas de estas historias. Sugerentemente, elegimos que todas se vieran reflejadas de algún modo. Con el reflejo, quisimos expresar, en parte, el ser un poco de cada lugar, del que se dejó y del de llegada.

Asimismo, en las imágenes buscamos recuperar el ida y vuelta de la identidad, la personal y la colectiva. Somos con otros y con otras. El reflejo de cada una de estas mujeres, espejadas en las más diversas superficies, nos recuerda que no hay identidad sin diferencia y, por extensión nos invita a reconocernos en estas diferencias.

El lugar donde cada mujer eligió ser fotografiada, surgió a modo de pregunta en la entrevista. Fue pensado o imaginado como corolario de lo dicho. Por eso mismo, puertas adentro o puertas afueras, sean sus propios hogares o sean espacios públicos, cobran significado enlazados en los relatos que acompañan. Los lugares escogidos son el marco desde el cual cada historia se proyecta y se torna más vívida. Una vez más, el espejo.

La elección de las doce mujeres se fue tejiendo como una red. Entre ellas, las hay conocidas y reconocidas por el camino que han trazado con sus pares. Algunas más, llegaron de la mano de otras. También están quienes se sumaron fortuita y afortunadamente. Tienen edades diversas, migraron hace más o menos tiempo, han vivido múltiples y disímiles experiencias, son originarias de todos los continentes.

La trama en que se anudan las historias de estas mujeres, la que las vuelve una, es la condición femenina desde la cual miran, sienten y piensan su derrotero. Cada palabra expresada puede ser leída desde el género, desde el lugar construido en una relación que nos vuelve unas y otros, mujeres y varones, relación históricamente signada por desigualdades. Este libro pretende ser un recurso para uso pedagógico y de divulgación en materia de derechos, género y migración. Ojalá, la mirada de quienes se acerquen a estos textos y fotografías sea interrogante, escudriñadora, ávida de aprendizajes, buscadora de sentidos. Si así sucede, nos sentiremos acompañadas y acompañado, en las sensaciones que experimentamos durante el andar.

Agradecemos a Claudia, Emiliana, Rosa, Lourdes, Neusa, Esseling, Niurka, Zulema, Andrea, Fátima, María Rosa y Tomasa, –en ese orden, sólo porque así fuimos encontrándonos– por habernos brindado su disposición, su tiempo, su palabra, por haber compartido sus vivencias, por haber buceado en sus recuerdos, por haberse y habernos emocionado, en fin, por ser la voz y el rostro de tantas otras mujeres que cruzaron fronteras, por ser el puente para enseñarnos la migración en su condición definida y profundamente humana•

Aída María Bengochea
Geraldine Gabriela Parola
Esteban Widnicky

Lo personal arraiga en lo colectivo

Claudia

El derecho a la identidad

En la planta baja de la Casa por la Identidad, que la Organización Abuelas de Plaza de Mayo posee en el Espacio Memoria y Derechos Humanos –ex ESMA, Escuela Superior de Mecánica de la Armada– de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Claudia abre la puerta de una sala y se sienta en un sillón dispuesta a conversar. Frente a ella hay una foto en la que se ven personas sonrientes. Una foto que, junto a otras tantas, da vida al lugar donde se reescribe la historia personal y colectiva de niños y niñas apropiados/as durante la última dictadura cívico-militar en la República Argentina.

Claudia trabaja, desde hace cinco años, un piso más arriba, en el Área de Prensa y Comunicación del mencionado Ente Público. El sitio escogido para contar su historia es el mismo en el que el 12 de diciembre de 2012 recibió su Documento Nacional de Identidad, el que reconoce la identidad de género autopercebida. Fue la primera mujer trans migrante en obtenerlo. La elección del lugar para refrendar dicho acontecimiento fue un gesto deliberado de concientización contra el disciplinamiento de los cuerpos. Lo sabe y lo expresa convincentemente cuando recuerda el significado histórico del predio



de la ESMA. Así como con la tortura y la desaparición se pretendió disciplinar los cuerpos de quienes desafiaban el orden represivo, los cuerpos trans y la sexualidad que los atraviesa, también interpelan un orden heteronormativo que se pretende único.

Algo de lo que la literatura feminista suele llamar sororidad, aflora en las palabras de Claudia. Cuando enlaza su historia con las de “las compañeras”, migrantes trans, muchas de ellas de origen peruano, pareciera cobrar vida una hermandad entre mujeres, que se perciben como iguales y que se unen para modificar una realidad signada por la opresión. En esa convergencia, va forjándose un hacer colectivo que es ideológico y político, aún cuando no siempre se perciba como tal. De hecho, su carta de presentación es la preocupación por aquellas que están privadas de su libertad por encontrarse en situación de prostitución, y por los armados de causas en el marco de la Ley 23.737 –Ley de Drogas–.

Un sistema judicial imposibilitado de concebir una imagen de familia donde lo convencional no sea la norma, presume en las migrantes trans un desarraigo que dificulta o entorpece la recuperación de la libertad. ¿Dónde regresar? ¿Con quién hacerlo? Invisible para algunos y, sin embargo, tan real para quien la necesita, la familia está donde están los vínculos. Estas mujeres trans se tienen las unas a las otras: para visitar y brindar lo necesario a una compañera presa, para acompañar a quienes el VIH-Sida y otras enfermedades crónicas que las han llevado al hospital, para reunir dinero cuando una de ellas muere. La solidaridad en su más profunda y descarnada condición.

El desarraigo, en todo caso, es un hecho anterior en sus historias. Claudia las refiere y las recuerda una y tantas veces repetidas: compatriotas que siendo casi niñas dejaron la selva, se fueron a Lima, cambiaron su cuerpo por un plato de comida y luego, cuando el sexo se

volvió un “trabajo”, renunciaron al uso del preservativo por un lugar donde dormir. Y todo sin posibilidad de elección, siempre impuesto.

El “trabajo” sexual irrumpe como un nudo en su relato y habrá de ser la primera de varias tensiones, claroscuros o contrapuntos, percibidos en él. Tomar una posición abolicionista o regulacionista, es cuestión de debate aún pendiente al interior de Otrans Argentina, un colectivo de mujeres trans, con su sede principal en la Ciudad de La Plata, y sus filiales en la Provincia de Corrientes, en CABA y Malvinas Argentinas, nacido del entusiasmo de la sanción la Ley de Identidad de Género, al cual Claudia representa. Preservar la organización por sobre estos quiebres supone privilegiar la no vulneración de los derechos humanos, lo que en definitiva implica proteger a la personas que se encuentra en situación de prostitución sin hostigarlas ni perseguirlas.

La prostitución no es una elección y continuar pensándola como un trabajo oculta la responsabilidad de los Estados y de los mercados; de aquéllos, por la falta de generación de políticas de inclusión genuinas; de éstos, por la cosificación de los cuerpos a la que responde su lógica. Claudia interpela con vehemencia la “doble moral” del “fetiche heterosexual” que las trans representan, del “buen padre que de día señala al traba y de noche lo consume”. Difícil escenario para reconocerse sujetas de derecho. Y sin embargo, posible. Lo posible significó, no obstante, al interior de la propia organización, sortear los propios prejuicios, la incredulidad abonada por un estereotipo no sólo arraigado en quienes rotulan y juzgan sino también, tristemente, en quienes lo portan.

Si es difícil romper con los prejuicios ligados a la condición de trans, tanto o más lo es cargar con otros que se suman. La extranjería suele constituir un plus de carácter negativo. La xenofobia emerge en la calle, el lugar que se usa y se negocia cuando no hay otro lugar





donde ir, en el que las migrantes –peruanas y ecuatorianas, principalmente– constituyen el porcentaje más representativo. Nuevamente, la organización se vuelve salvaguarda. Y Claudia desnuda el conflicto: “cuando la policía viene a dar palos, no les pide el DNI.”

En el año 2000, cuando llegó al país alentada por su hermana, Claudia no sabía si esconderse por trans o por migrante. Lo suyo era la peluquería. Pero en un contexto de profunda crisis socioeconómica, en el que la gente estaba pensando en comer y no en cortarse el pelo, comenzó a trabajar cuidando abuelos. Pudo sortear el estereotipo de peruana porque le decían no parecerlo. Más “difícil” le resultó hacerlo como trans. Entonces, apeló a un artificio que a la distancia parece risueño: se hacía llamar telefónicamente a su lugar de trabajo por su sobrino entrenado para preguntar por ella en su calidad de mamá.

Trascurrido el tiempo y sin haber olvidado el mandato materno de que el estudio sería el pasaporte hacia donde quisiera llegar, se inscribió en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Un nuevo desafío, el pedido a su madre y su hermana de acompañarla hasta la puerta y sus palabras al despedirla “si no vuelvo es que me banqué todo”. Un espacio académico profundamente político fue el colchón que le permitió atenuar las marcas de la discriminación cotidiana. La vida universitaria fue para ella un antes y un después; se nutrió de los escritores críticos y aprendió que el periodismo implica algo más que “ser la cara de la CNN en español”. También, sus compañeros y compañeras aprendieron con ella, en la medida en que comenzó a generar nuevos modos de comunicación al interior del ámbito universitario. En 2008, cuatro años antes de la sanción de la Ley Identidad de Género, por una decisión del Consejo Directivo de su Facultad, obtuvo el derecho a ser reconocida por su nombre de mujer.

El ritmo que impone la cursada universitaria –estudiar, rendir, aprobar según el sistema educativo exige– le permitió a Claudia afianzar su formación académica pero también política y social. Fue una causalidad que transitara cada día, para llegar a la Facultad, la “zona roja” de La Plata. La rutina de ver y saludar a sus compatriotas, a las que en apariencia pocas cosas la unían –ella de la costa y universitaria/ellas de la selva y prostitutas– fue forjando un vínculo que cimentó en la organización que más tarde formaría.

En el transcurrir de años de trabajo y militancia, Claudia nunca regresó a su país. En ocasión de un viaje a Colombia para asistir en representación de la Argentina a un Congreso sobre Derechos Humanos, su avión hizo escala en Perú, pero prefirió no entrar, para no tener que dar explicaciones sobre su nueva condición y, como ella misma lo expresa: “por miedo a que me vulneren”. Los desafíos personales y logros colectivos no borran las marcas de la discriminación; sólo las resignifican.

El camino por los derechos tiene matices y conlleva lapsos diversos. Al tiempo que demanda alcanzar la residencia permanente, se sucede una nueva espera en el caso de aquellos y aquellas migrantes que aspiran a cambiar su identidad de género. Por otra parte, para esos y esas migrantes, la nueva identidad sólo tiene validez en la República Argentina, fronteras adentro, y no en países que no la reconocen legalmente y que pueden ser los suyos.

Hoy Claudia es ciudadana argentina. Como argentina y como Claudia Vásquez Haro, puede elegir viajar a Perú•

La boca hablando, las manos trabajando¹

Emiliana

El derecho a la vivienda digna

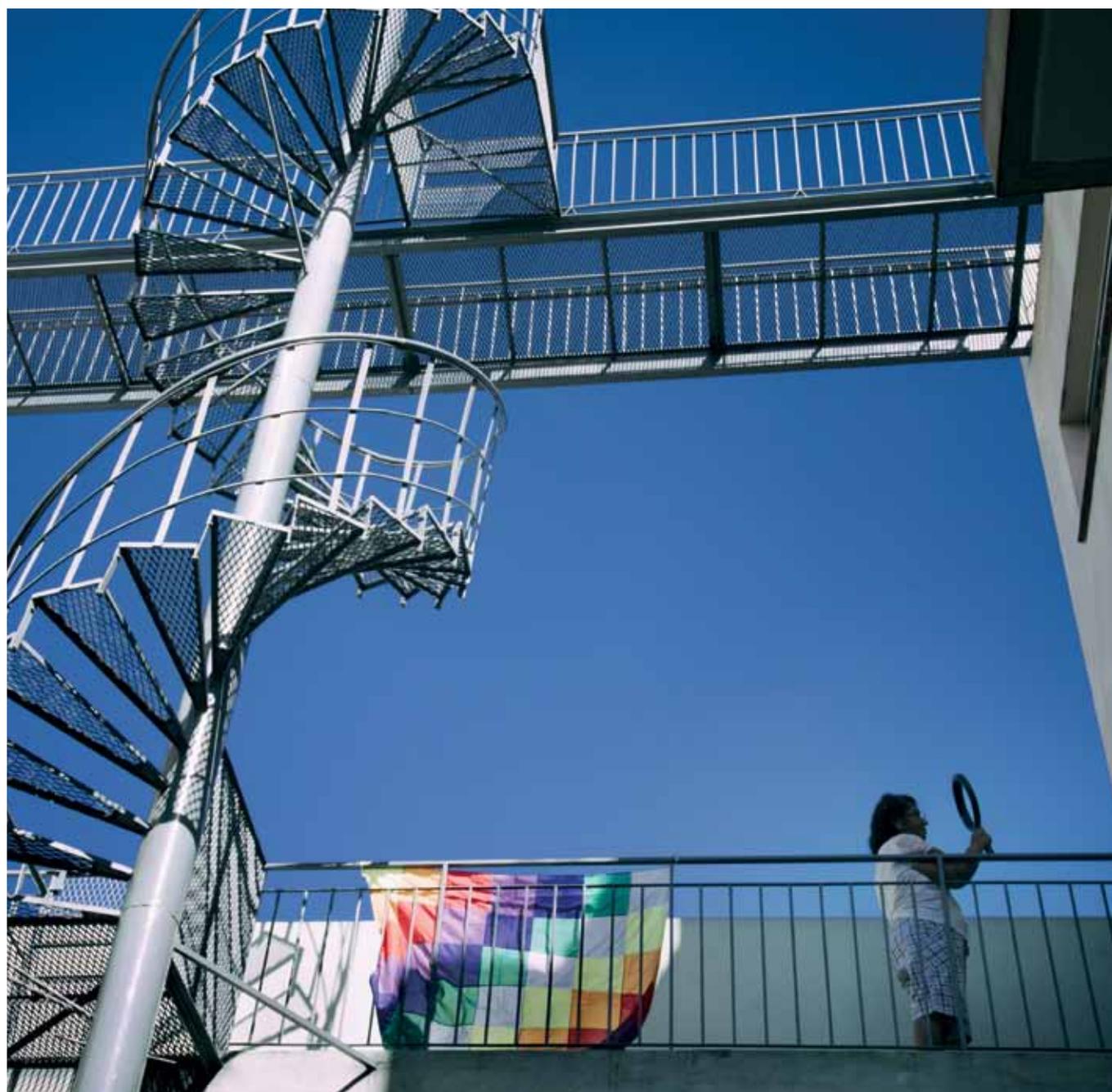
Emiliana sube pausadamente los peldaños de la escalera caracol que conduce a la terraza de su vivienda, en la calle Larrazábal, a unos metros de la avenida Eva Perón. Vista desde abajo, su figura parece ir tocando el cielo. La terraza es un remanso y un punto de llegada para el trajín cotidiano y para el esfuerzo colectivo de años. Porque, ese mirador que se asoma a casas y fábricas del barrio de Mataderos, en la ciudad de Buenos Aires, es el lugar elegido por ella para recordar la trama que comenzó a tejer hace más de una década y que la unió a otras mujeres –a otras familias– en la convicción de que el sueño de una vivienda propia era posible.

La escalera caracol se anuda a una estructura maciza, resistente, que alberga a doce familias bolivianas. O argentinas, según quien cuente la historia. Porque hay padres y madres, hijos e hijas, nietos y nietas, de allá, de acá. El caracol de la escalera es símbolo y metáfora. Representa la casa a cuestas, que va con cada quien, trazando caminos y protegiendo, todo al mismo tiempo y según se requiera. Y cuando de mujeres bolivianas se trata, hasta podría imaginársela como una casa-aguayo que cobija criaturas y resguarda enseres sobre la espalda.

Como tantas otras migrantes, Emiliana cargó sus ilusiones en un aguayo hace más de treinta años, cuando dejó La Paz rumbo a Buenos Aires. Llegó en busca de oportunidades, como suele decirse. Difícil derrotero. Trabajó durante años en talleres textiles. Su jornada

1. Decir popular de mujeres bolivianas.





comenzaba a las ocho de la mañana y concluía a la medianoche. Y en medio del traqueteo de las máquinas de coser, sus hijos creciendo, un tiempo en la escuela y otro en el taller, porque el taller era también su hogar.

Emiliana hizo de familia para otras mujeres de su colectividad, cuando la distancia del lugar de origen, la ausencia de nuevos vínculos, el espacio opresivo del taller o de la convivencia con extraños, las dejaba atrapadas en situaciones de violencia. De ese encuentro entre mujeres nació la Asociación Civil 27 de Mayo. Le dieron ese nombre por ser la fecha en que se conmemora el día de las madres en Bolivia, día que recuerda a las heroínas de La Coronilla, mujeres que se levantaron contra los realistas en la ciudad de Cochabamba durante la guerra de la Independencia.

Para Emiliana, que nunca tuvo casa propia, la herida social provocada por la crisis del 2001, se convirtió en motivo y oportunidad de proyección colectiva. Un día cualquiera, entró por equivocación a la llamada, por entonces, Comisión Municipal de la Vivienda (CMV). Sin proponérselo, se encontró formando parte de una reunión institucional, junto a personas en las que inmediatamente se reconoció –“compatriotas”– y que allí estaban por el derecho a la vivienda. De ese encuentro fortuito se llevó un mensaje: la participación tenía por condición formar una cooperativa de vivienda.

Emiliana sólo contaba con su Asociación y su empuje. Decidió acercarse, entonces, a una emisora de radio que transmitía para la colectividad boliviana y llamó a su gente a sumarse al proyecto. Alrededor de cien familias respondieron a la convocatoria. Sólo era el comienzo, el nacimiento de la cooperativa de vivienda.

Y una vivienda requiere de un terreno. Había que encontrarlo. De dos en dos salían las personas que se habían sumado, y andaban calle por calle, respetando

el trazado de un mapa que los guiaba en una búsqueda tan meticulosa como incierta. Así fue por tres años consecutivos. Y una mañana de un día domingo, dirá el recuerdo colectivo “de manera mágica”, una mujer detuvo el cochecito de su pequeño hijo frente al cartel de una inmobiliaria que no había visto hasta entonces. Ese lugar que conservaba los restos de un destruido frigorífico, fue el sitio elegido. Y se logró la compra. Corría el mes de febrero de 2006.

Tocó aceitar las condiciones de pago a los tiempos institucionales y lógicas burocráticas de la CMV, cubrir parte de los costos con recursos económicos propios, elegir el equipo técnico que la ley² exigía. Como suele ocurrir, las vicisitudes se volvieron escollo o desafío; hubo quienes se desalentaron, pero también quienes remaron contra corriente.

En medio de las esperas, los trámites y las reuniones, el prejuicio se coló en palabras y actitudes. Hacia el afuera, en la gestión administrativa, por la condición de no argentinos; hacia el adentro, en las deliberaciones de la cooperativa, por la condición de mujeres. Y sobre Emiliana el peso y el orgullo de ser lo uno y lo otro. Y la decisión inculdicable de seguir perseverando, porque “... sabía que esto iba a ser, sabía que iba a salir...”.

En los casi diez años que el proyecto y la obra demandaron, siempre estuvieron las mujeres: para encontrar el lugar posible, para desmalezar el terreno, para ultimar detalles en el final de obra, para dormir en la casa mientras estuvo en construcción. Y en el presente, con todas las familias ya instaladas, ellas siguen estando para gestionar el cuidado del espacio y el bienestar de sus habitantes.

2. Ley 341 de Autogestión de Vivienda.



El 27 de Mayo de 2016, en consonancia con su nombre y con la historia que le dio origen, la Cooperativa Centro de Madres 27 de Mayo, celebró el acto de escrituración de los doce departamentos, que representan doce viviendas para doce familias. La lluvia bendijo la celebración. Lágrimas, abrazos, viejas fotografías del paso a paso y un puñado de relatos nuevos escritos para la ocasión. “Al principio fue algo incierto; no teníamos nada que perder”. “Cuando leímos nuestro reglamento, supimos el valor de nuestros departamentos; eso fue lo más emocionante”. Y con la firma de cada persona, el compromiso moral de continuar cumpliendo con un pago que materialice la real posesión de la vivienda.

Cumplida esta etapa, Emiliana tiene un sueño nuevo: que esta experiencia se multiplique en otras. Mientras tanto va completando la bitácora que viene escribiendo de puño y letra desde el inicio; una bitácora que cuenta acerca de un modo de gestionar en el ejercicio por los derechos, de una iniciativa colectiva de producción y apropiación del hábitat popular; una bitácora que enseña que la recuperación del sentido de comunidad, deviene una práctica política de personas comunes, muchas de ellas mujeres, que reunidas por una necesidad se encuentran en el camino de crear respuestas para habitar la ciudad•

Vivir el barrio

Rosa

El derecho a la participación comunitaria

Los días de calor Rosa se sienta en la vereda, o en ese continuo que es vereda y acera, de cara al portón siempre abierto del Refugio Mujeres Unidas en Acción, sobre una de las calles internas del Barrio Fátima, en la ciudad de Buenos Aires. Con Princesa echada a sus pies y algún otro perro siempre atento al llamado de su voz, Rosa responde al saludo de la gente que pasa. El saludo es convención en el barrio. Alguien se detiene a prolongar la charla. Está quien se acerca con una necesidad o con alguna novedad acerca de lo que acontece manzanas adentro. Ella, entonces, acciona, decide, contacta. Lo hace en su condición de presidenta del barrio, cargo para el que fue elegida por voto popular en el año 2014.

Rosa tiene su propia percepción del barrio en su singularidad y su diferencia, y la ofrece como una radiografía. El barrio, su barrio, la villa, es el escenario donde conviven en contrapunto el resguardo de lo familiar y cercano y la amenaza de la violencia y el desamparo. Al mismo tiempo que sabe “quien vive acá y lo que necesita, en cinco segundos se arman todos los despelotes y hasta puedes dejar la vida.” En los otros barrios, los de los departamentos, las personas no se conocen, “entran y cierran la puerta”. Al fin de cuentas, todo es una cuestión de mirada.

Ella casi nunca está sola. En el Refugio o en su casa, se trate de una búsqueda de urgencia o de una charla



al paso en el trajín cotidiano, las personas van y vienen. Y la palabra circula y las lenguas se entremezclan. Y en el discurrir de los relatos, sobreviene una frase en guaraní y una respuesta en español, o al revés. Las conversaciones fluyen en un contrapunto de cadencias y códigos compartidos. A pesar de tan expresiva oralidad, Rosa dice no saber “guaraní, guaraní”, el que se aprende en la escuela. Es que Rosa dejó inconclusa la escuela primaria en el andar constante de su familia entre Paraguay y Argentina mientras fue pequeña. Ni el himno paraguayo pudo terminar de aprender por aquel entonces. “Siempre fuimos tipo gitanos, íbamos y veníamos”.

Como sucede con muchas personas que migran, a Rosa le fue difícil dejar de sentir la extranjería, ser un poco de dos lugares, al tiempo, de no serlo de ninguno plenamente. “Yo no soy de Paraguay ni de acá. Acá soy paraguaya y allá soy *curepa*¹”.

Rosa inauguró la adolescencia trabajando “cama adentro”, sintiéndose presa, casi esclava. Era una indocumentada más en tiempos difíciles para regularizar la situación migratoria². Un fin de semana decidió que no volvería a la casa de sus empleadores. Un nuevo trabajo en un supermercado le devolvió la libertad y sobre todo la posibilidad de hablar con todo el mundo. Por aquel entonces tenía quince años y muchos pretendientes. Para la época, para sus padres, esa libertad y desenfado juvenil se volvió motivo de preocupación. Resolvieron, entonces, enviarla a la casa rural de la familia, en Paraguay. Lo que debió ser un modo de control, Rosa lo vivió como un desafío y lo capitalizó como aprendizaje. Redescubrió su tierra a través del trabajo mal pago y del quehacer doméstico sin tregua: cosechaba algodón

1. Término utilizado en Paraguay para referirse a las personas o cosas originarias de la Argentina.

2. Ley 22.439 (1981): Ley General de Migraciones y Fomento a la Inmigración.

y ajo, molía el maíz, sacaba el agua del pozo, inventaba comidas, ayudaba a su abuela. Y el castigo no fue tanto porque “ganaba mi plata y aprendí a valorarla” o tal vez no tuviera el efecto buscado porque “donde voy me encanta”.

La violencia se cuele en los recuerdos que Rosa conserva de esa época, por ejemplo, el del patrón al que enfrentó con su temperamento indoblegable y que no logró el propósito de llevársela con él. A Rosa no le eran ajenas esas maneras de tratar a las mujeres; las había vivido desde pequeña en su propia familia y, desde entonces, había ido cocinando rebeldía.

Pasado un tiempo, Rosa regresó a Buenos Aires y se instaló en la villa, en lo que es hoy Barrio Fátima, muy diferente por entonces: todas casitas de cartón. La villa es el lugar donde se vive pero del que no se habla fronteras afuera, esas que el trabajo exige trasponer. Rosa demoró mucho en contar a sus dos empleadoras dónde vivía. Primero fue el temor de que no la emplearan, después fue la vergüenza. Llegó a inventarse un lugar residencia ficticia: los monoblocks. Rosa recuerda que cuando finalmente se animó a decirlo, una de ellas la ayudó a armar su propia casa. Podría decirse que la ayuda fue mutua, porque Rosa cuidó de sus hijos y de su hogar. Así se van enlazando los vínculos entre las mujeres.

Cuando la epidemia de cólera llegó al barrio, por los años noventa, la necesidad imperiosa de cuidados colectivos la llevó a trabajar codo a codo con los médicos del centro de salud. Recuerda las primeras reuniones entre mujeres que empezaban a organizarse en la Capilla Nuestra Señora de Fátima, recién levantada. Vinieron luego los proyectos de prevención en salud sexual y reproductiva y la formación de promotoras comunitarias. El Plan Trabajar fue para algunas de estas mujeres un paso en su ingreso al trabajo formal dentro del Estado. Rosa, con su militante resistencia, eligió dar

entidad al trabajo comunitario y barrial a través de la creación del grupo Mujeres Unidas en Acción. Haciendo honor al nombre, comenzaron a actuar contra la violencia de género, de casa en casa, hasta que tuvieron lugar propio, el Refugio que lleva ese nombre, y, por fin, la asociación civil.

El camino recorrido es reflejo de una necesidad y de una preocupación, la necesidad de atender a una problemática de la que apenas empezaba hablarse públicamente y la preocupación, más tangible, de ver, una tras otra, a mujeres que lloraban, y a quienes las propias hijas de Rosa, todavía pequeñas, abrazaban con ánimo de consolar. “El Refugio se abrió para oírles a todos: mujeres, pibes, homosexuales, a todos los que no eran escuchados en otro lado”.

Y la necesidad y la preocupación motivaron a Rosa y a las mujeres a nuevos aprendizajes. Y apelaron al Estado, a un Estado que “baja al territorio” propiciando espacios de reflexión, sensibilización y formación para asegurar una atinada intervención en temas tan sensibles.

El Refugio creció en la percepción de la gente, que fue apropiándolo en sus requerimientos cotidianos. De ser el lugar de encuentro inicial de mujeres preocupadas por temas que hacen al saber y al deber femenino -la protección en sus diversas expresiones- devino un espacio de referencia en cuanto concierne a la vida barrial. En algún momento, abrió un comedor que sigue dando respuesta al derecho más básico entre los básicos. El trajín en torno a la cocina es reflejo de los tiempos mejores y de los otros. Tal vez, un guiso que se cocina a fuego lento puede evocar cercanamente lo nutritivo. Pero el deambular de niños que portan jarras de leche devela la cara más descarnada de la necesidad.

El barrio, pequeño si se lo compara con otras villas, “es el fruto de la organización de las organizaciones”,





el resultado de los proyectos y la gestión de las personas que allí viven. Y Rosa va enumerando cada lugar, el Polideportivo, la Casa Fátima, el Jardín Maternal, la Asociación Construyendo Sueños, y nombrando, a sabiendas que son muchas más las mujeres que codo a codo luchan con ella, a Nadia, Lorena, Rosmery, Zulma, la hermana María. Sentada en la mesa de su casa, esperando la chipa recién horneada que ha amasado su marido, y al tiempo que da una indicación a una de sus siete hijos mientras abraza a un nieto, Rosa sintetiza el hacer en ese pequeño universo que es su barrio, de un modo contundente: “se trata de trabajar con el corazón”.

Y a Rosa se la llevan los pensamientos y se debate en la duda sobre adoptar la nacionalidad argentina. Es condición que se le impone cuando piensa en aspirar a un cargo electivo, como comunera, como legisladora. “No hay ninguna villera en esos espacios”. Y ella bien sabe, como lo supo siempre, que todo hacer es político. En ese hacer, anda, camina, vive e imagina trascender el barrio•

Las plazas de las mujeres

Lourdes

El derecho a la participación política

Frente al ventanal del primer piso de un antiguo edificio de la recova donde nace la avenida Pueyrredón, en el barrio de Balvanera de la ciudad de Buenos Aires, se recorta la Plaza Miserere. Barrio y plaza suelen ser conocidos y nombrados, por usos y costumbres, como Once. Desde su escritorio, detrás del vidrio del ventanal de ese primer piso, Lourdes observa la plaza y empieza a desgranar su historia: “cuando entré a esta oficina por primera vez y miré hacia la plaza, se me empezaron a caer las lágrimas. Es que la Plaza Once, para mí tiene muchos recuerdos”.

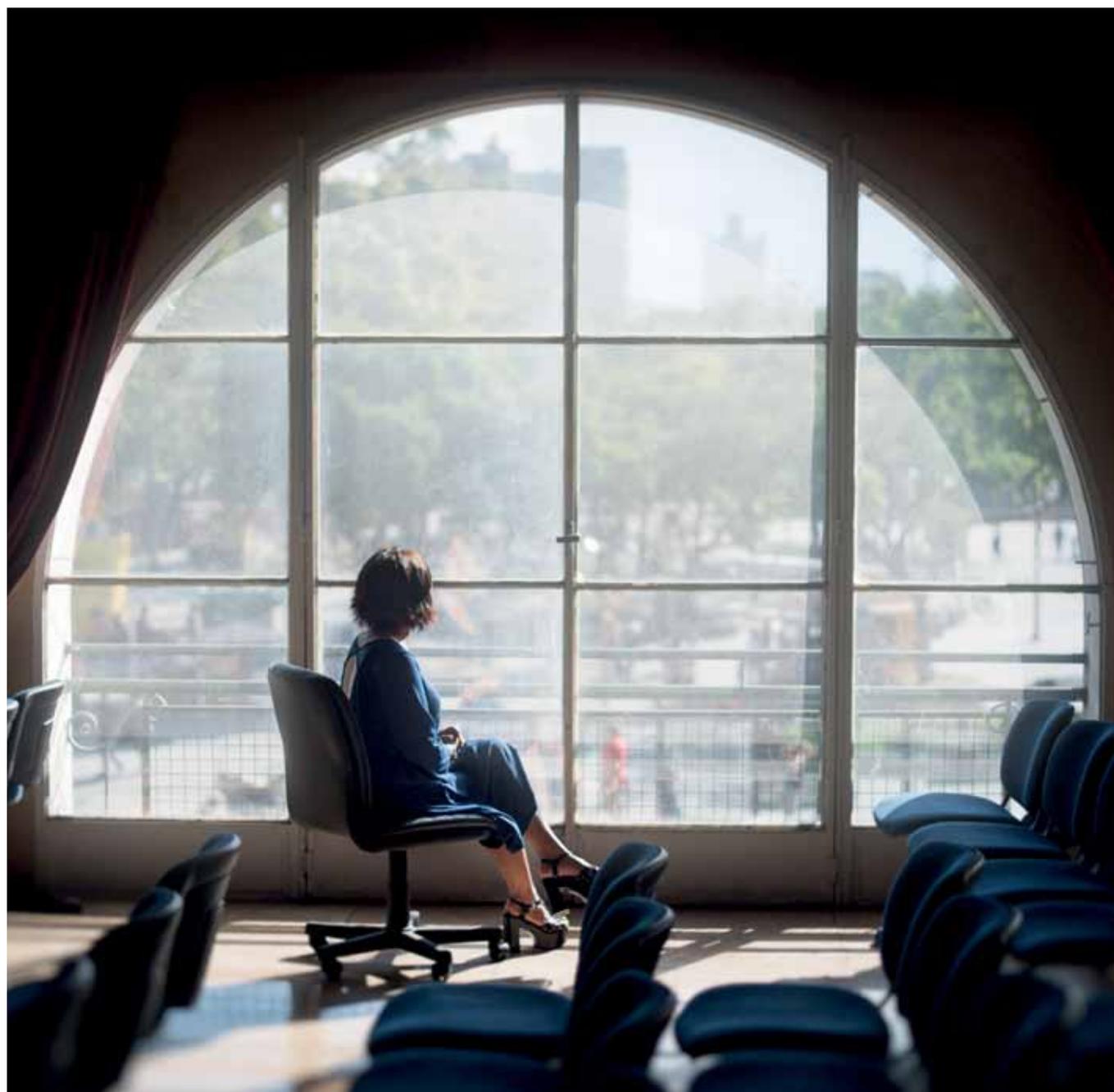
Lourdes llegó a Buenos Aires desde el Puerto de El Callao, cercano a Lima, hace 25 años. No pensaba quedarse; sólo pasear y comprobar que sus dos hermanas menores, que sí habían resuelto migrar, estuvieran bien. Pero no volvió por diez años y no puede dar razones ciertas de por qué lo hizo. Puesto en perspectiva, el contexto de convulsión política del Perú de los años noventa, empujaron a emigrar a muchos de sus compatriotas. En esas circunstancias, Argentina, se convirtió en un “paraíso”. Tal vez de eso se trató.

Lourdes se instaló en San Telmo. Sin embargo, a poco de llegar, sus hermanas le sugirieron ir a Once, donde estaban los negocios de coreanos que prometían trabajo. Aunque no tenía experiencia, se inició como empleada de comercio en una rutina de más de doce horas diarias. “Yo estaba muy agradecida de trabajar tanto”, recuerda. Atrás quedaba la experiencia como enfermera y como empleada bancaria en su país de origen. También, y por el momento, sus estudios como profesora de folklóre.

El Once y su plaza emblemática son símbolo de cosmopolitismo: judíos, coreanos, peruanos, senegaleses, por sólo nombrar algunos de los colectivos étnicos y nacionales que lo han habitado y lo habitan, configuran un cuadro de profusa diversidad en convivencia cotidiana.

Lourdes recuerda que los primeros tiempos fueron de profunda nostalgia por su tierra, por sus aromas, sus paisajes y esa casa natal que la vio crecer. La ausencia sólo se aquietó cuando la venida de su madre permitió reunir a la familia desgajada. Hasta ese momento,





fue sorteando la distancia a través de una búsqueda incansable de sus raíces. Por entonces, no eran tantos los peruanos y peruanas en Buenos Aires. Había que encontrarse en “alguien con estos rasgos”. Reconocerse, mirarse y con los ojos solamente hablarse.

En esa exploración de la identidad, un día cualquiera, Lourdes preguntó a unas coterráneas por su propia gente. Entonces, ellas le responden: “no los vas a ver acá”. Y la llevaron a la villa 1-11-14. Allí se encontró con sus paisanas y aprendió a través de ellas lo que hasta ese momento no había vivido en carne propia: la discriminación. Los niños y niñas del barrio, hijos e hijas de familias peruanas, nunca habían aprendido las danzas y ritmos de su país. La razón: evitar ser discriminados y discriminadas. El impacto que esta vivencia provocó en Lourdes, la urgió a rescatar de su historia y su memoria el título de profesora de folklore que atesoraba, y con él y su vocación enseñante, formó un grupo de danzas: *Estampas Peruanas*.

Ese grupo fue el comienzo de un camino sin descanso hacia la construcción colectiva de la identidad peruana, primero, y del reconocimiento como migrante, después. El acervo cultural transmutó en demanda social y lucha política. Por la identidad y el reconocimiento, como peruana y como migrante, integró y eslabonó *Mujeres Peruanas en la Argentina, Asociación Mujeres Unidas, Migrantes y Refugiadas en Argentina (AMUMRA)*, el *Foro de Migrantes* y la *Red de Migrantes*.

La Ley de Migraciones, vigente desde 2004, jalonó ese derrotero, un camino salpicado de dolores, urgido de puertas que tocar, fortalecido por la lucha y los logros

1. Las organizaciones migrantes sumaron su labor a la que, desde el año 2000 formalmente, venía desarrollando la Mesa de Organizaciones para la Defensa de los Derechos de los Inmigrantes, integrada por organismos de derechos humanos, iglesias, sindicatos y centros de investigaciones académicas.

cotidianos. La labor incansable para la sanción y promulgación de la norma, volvió a Lourdes y a tantas otras mujeres migrantes, protagonistas reales¹. En sus palabras, “ser nosotras las actoras”. En los hechos, poder dar la discusión, estar en los espacios de decisión.

La anterior Ley General de Migraciones, que había sido promulgada en 1981, durante la última dictadura cívico-militar, es recordada por Lourdes como una ley que perseguía la portación de rostro. La Ley actual, aún con dificultad para dar algunas respuestas, es, a su juicio, una ley que otorga derechos. Porque, como su texto expresa, la migración es un derecho esencial e inalienable de la persona. Porque el paradigma de los derechos humanos desde el cual se la define, constituye la garantía jurídica universal que protege a personas y grupos en su dignidad.

Como profecía y augurio de una Ley que aún estaba en gestación, queda, en el recuerdo personal de Lourdes y en la memoria colectiva de quienes fueron parte, el abrazo que las mujeres migrantes dieron al Congreso de la Nación en el año 2003. Diversamente iguales en su intención de ser reconocidas, se enlazaron bolivianas, peruanas, paraguayas, haitianas, ucranianas, ecuatorianas, brasileñas, entre tantas. Vestidas con trajes típicos de cada país, acompañadas de sus hijos e hijas, si los tenían, y por su futuro.

Unas pocas cuadras separan el Congreso, que también mira a una plaza, la de los Dos Congresos, de la actual oficina de Lourdes, frente a Plaza Once. Esta plaza que ahora mira a través del ventanal, la devuelve a sus primeros tiempos en el país. Representa el recuerdo inexorable de sus tiempos de empleada de comercio en el barrio. En la plaza de entonces, hace ya más de veinte años, se encontraban las mujeres migrantes que salían de trabajar de las casas de familia. Solas, sentadas en los bancos, lloraban.

“Nunca me voy a olvidar de ese primer día que pasé por casualidad por esta plaza. La misma mujer que lloraba, era la que para su familia estaba siempre bien, la que decía estar trabajando en un consultorio médico o en una empresa”. La plaza se volvía lugar de acogida y confesión. Lourdes recuerda que muchas mujeres dormían en las estaciones de subtes porque era su día franco y no tenían otro lugar donde descansar. Recuerda, también, lo que algunas le han contado acerca de que sus empleadores o empleadoras no les daban de comer o que dormían en el piso.

En ese lugar de encuentro de soledades que era Plaza Once, las mujeres migrantes leían cartas de sus familias. Los trazos sobre el papel, conseguían, por un momento, mágicamente, evaporar la distancia.

Por aquellos tiempos de tecnologías esquivas, también caminaban las mujeres migrantes en busca de un teléfono público que les devolviera las voces de sus hijos o hijas. La oficina de la empresa telefónica que se levantaba sobre la avenida Corrientes en su cruce con Maipú² era, los fines de semana, lugar de peregrinación obligado en el que largas filas de personas aguardaban

pacientemente el esperado minuto del contacto. Desde este lado de la línea, una mujer prometía celebrar los quince años de una hija si todo iba bien en el colegio o se esforzaba en regañar a su niño por el mal desempeño del que había dado cuenta una abuela cuidadora.

“La migración sigue teniendo cara de mujer”, desliza Lourdes. Son muchas y diversas las mujeres que migran, las que se comprometen activamente en sus barrios, en sus comunidades, las que, en ese compromiso, se organizan. Lourdes es ejemplo de ello. Cada tiempo la conmina a nuevos desafíos. Hoy es el derecho al voto de las personas migrantes, derecho que es la definición por excelencia del sujeto político, pues otorga el derecho a elegir.

Lourdes vuelve una vez más su mirada hacia la plaza Once. Y su pensamiento traza un puente entre su persona y otras. Porque en las plazas se hermanan soledades y en esa hermandad se organizan las mujeres cuando no hay otro lugar. Porque en las plazas se resiste y en las plazas se lucha. Plaza Once, Plaza de los Dos Congresos, Plaza de Mayo. Los lugares donde las mujeres escriben su historia y la historia.●

2. En el Edificio República, también conocido como Edificio Entel, por la Empresa Nacional de Telecomunicaciones que allí tenía sus oficinas y que pasó a manos privadas en el marco de la reforma del Estado en la década del 90.



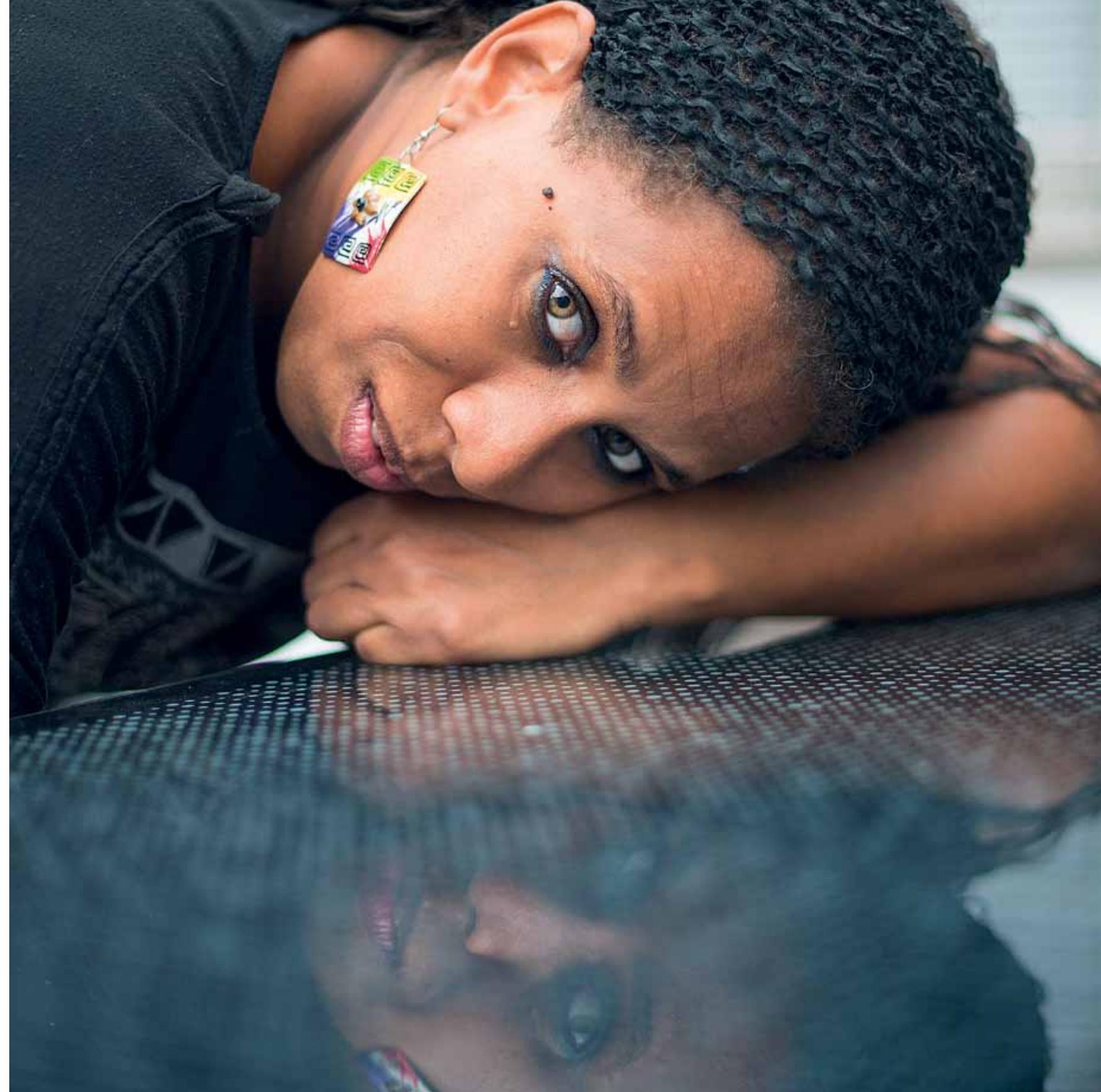
Distintas orillas para un mismo mar

Neusa

El derecho a la reunificación familiar

Neusa tenía diecinueve años cuando llegó a la República Argentina. Ya lleva veinticuatro años aquí y, con todo y ser bastantes, es una de las caboverdianas más recientemente arribadas. Algo así como el epílogo de una inmigración de larga historia que empezó a cobrar relevancia a partir de los años 20 del siglo pasado. La familia de Neusa es de la isla de San Vicente. También lo es la de su marido, un descendiente nacido en este país. “De los que llegaron aquí, la mayoría son de San Vicente”. El archipiélago de Cabo Verde está conformado por diez islas. Las islas son como cuentas de un collar en el mar, de ese mar omnipresente en la geografía insular y en la vida de Neusa.

Ella ha cruzado varias veces el mar, de Cabo Verde a Senegal, de Senegal a Italia, de Italia a Canadá, de Canadá a la Argentina. Nació en Cabo Verde; muy niña migró a Senegal; de adolescente partió a Italia y, apenas después, a Canadá; despuntando la juventud llegó a la Argentina. En su andar vivió despedidas y reencuentros. Anudó afectos a través de la distancia y el tiempo. Y, en su peregrinar, fue construyendo y recreando su identidad. Como caboverdiana, en cada lugar, pero con especial nostalgia, también, por Senegal, su país de adopción. Neusa sintetiza su historia repartida: “Son dos amores distintos”, algo así como la tradición y el corazón.





Y, ahora, desde este rincón del sur de Sudamérica, desde una localidad del sur del área metropolitana de Buenos Aires, desde un lugar que es, ante todo, la tierra de sus hijos, ella evoca y revive su tierra natal. “Yo voy a los actos de la escuela de mis hijos, canto el himno con ellos, alzo la bandera con ellos, pero no es que cambio todo por Argentina”. Porque algo en ella viene de lejos, por sus raíces, cada 5 de Julio, conmemora la independencia de Cabo Verde.

Cuando Neusa nació, su país estaba apenas despertando a la libertad, tras siglos de colonización portuguesa, tras años de lucha hermanada con otros países africanos también en procesos de independencia. Cada 5 de Julio, en la Sociedad de Socorros Mutuos Unión Caboverdiana de Dock Sud, hay fiesta y hay recuerdo. Porque en Dock Sud, lindando con Buenos Aires y de cara al Río de la Plata, “viven un montón de caboverdianos, hijos, nietos y bisnietos.”

Ese día, quien preside la institución¹, suele hilvanar retazos de historia. Siempre surge, presente en la memoria, la figura de Amílcar Cabral, líder revolucionario, asesinado cuando la victoria por la causa independentista se hacía palpable. Para la ocasión, también se comparte una *cachupa*, especie de estofado hecho a base de maíz, alubias, batata y carne, a modo de memoria cotidiana.

Neusa recuerda que hace unos años un presidente cambió la bandera y el himno. Que el himno antes era en criol², que ahora es en portugués. Que no debería ser así porque ya no son colonia. Que su mamá, que

estuvo en el servicio militar no lo puede entender. Y de este modo, la historia reciente de Cabo Verde sigue siendo vivida y monitoreada a la distancia por estas dos mujeres.

La mamá de Neusa se llama Gloria y así es como ella la nombra. La palabra *mamá*, o *main*, en criol, la reserva para su abuela, Ana María, quien había migrado a Senegal y la llevó consigo cuando tenía apenas tres años. Gloria, con dieciocho años, quedó a cargo de sus abuelos para que estudiara. Y, casi como en espejo, en las dos generaciones, los abuelos –y las abuelas– criaron a sus nietas. A Gloria, por poco tiempo, pues eligió trabajar. Y migrar. Cuando Neusa tenía cinco años, Gloria, con veintiuno, viajó hacia Buenos Aires con una familia de diplomáticos argentinos. A su tiempo, con diecisiete años, Neusa dejó Senegal rumbo a Italia, también con una familia de diplomáticos argentinos. Historias espejadas las de madre e hija. Gloria y Neusa se reencontraron quince años después en Buenos Aires.

La Neusa adolescente que aprovechó el ofrecimiento de la familia diplomática, buscaba despegar de las obligaciones que le imponía un hogar de ocho integrantes en el que, por su condición de mujer, estaba a cargo de “hacer todo” y pocas oportunidades tenía para salir y divertirse. Italia fue el primer destino y luego y siempre con la misma familia, lo fue Canadá. Por fin, los argentinos debieron regresar a su país, y, las circunstancias hicieron posible el reencuentro de Neusa con su madre. Vivieron juntas un tiempo, durante el cual aprendieron a conocerse y se dijeron sus vivencias y sus dolores.

A pesar del derrotero juvenil, a pesar de llevar más de media vida en la Argentina, Senegal es el lugar del corazón de Neusa. “Es mi infancia, mi escuela, mi familia”. Y Ana María es su mamá del corazón. “La que me llevó al médico. La primera que supo cuando me hice señorita”. Hasta hoy, cuando se siente mal, la llama. “Y

1. Por muchos años ha ocupado ese cargo Miriam Gomes, referente de la colectividad caboverdiana, y estudiosa de la historia de los/as afrodescendientes en la Argentina.

2. Se refiere al criollo caboverdiano, idioma del archipiélago, una lengua con base léxica en el portugués y un sustrato de lenguas africanas, originada en la época de la colonización.

la palabra que me dice, ya está.” Y la palabra siempre es en criol.

La migración, contada a través de los vínculos, toca las fibras más profundas de la condición humana de seres singulares que han debido separarse alguna vez. Con Gloria, la mamá reencontrada, Neusa ha podido hilvanar retazos de su primera infancia. “La única cosa que tengo bien presente, que a veces nos reímos con mi mamá, es que mi bisabuela ponía la galletita que se llama bolacha debajo de su almohadón y lo primero que yo hacía era despertarme a la mañana y levantarlo para agarrarla.” Y el día que la bisabuela murió, Neusa repitió el ritual y sólo atinó a preguntar quién le daría la galletita. “Y mi mamá no sabía si llorar o qué. Esa cosa me viene cada tanto”. Es que los recuerdos son como las olas del mar que siempre regresan.

El primer cruce del mar, Neusa lo hizo hacia Senegal, pequeña. Allí creció entre muchas lenguas: su criol caboverdiano, el portugués, “el francés que se habla entre todos”, un criol “más fuerte”, el wolof. Y aprendió inglés e italiano. Y nunca se sintió discriminada, sólo “que los senegaleses tienen como más blancos a los caboverdianos”. Y Neusa reniega de ese color que no la identifica. “Soy africana, soy negra”. Y aquí, en la Argentina, en otro lugar y otro contexto, observa con pesar que hay descendientes de caboverdianos que se dicen portugueses. Y ella, que nació bajo la bandera portuguesa pero al filo de la independencia, no logra comprenderlo. Así de compleja es la vivencia de la identidad.

Tal vez por esas complejidades, hoy Neusa se cuestiona no haber transmitido el criol a sus hijos. Ellos, dos varones adolescentes y uno pequeño, pueden entenderlo cuando su mamá conversa con la abuela Gloria. Sin embargo, no pueden hablarlo. Y es el castellano la lengua en la que se enlaza el afecto con la generación más joven. Afecto profundo, al decir de Neusa, el de la abuela Gloria y sus nietos. Afectos reparadores de las cicatrices dejadas por una separación precoz entre Neusa y su madre. Y allá lejos, Cabo Verde, donde Ana María, madre-abuela-bisabuela, ya de regreso en su tierra, espera, después de tantos años, la visita de Neusa y su familia.●



Como pajarita en la grama

Esseling

El derecho a la educación

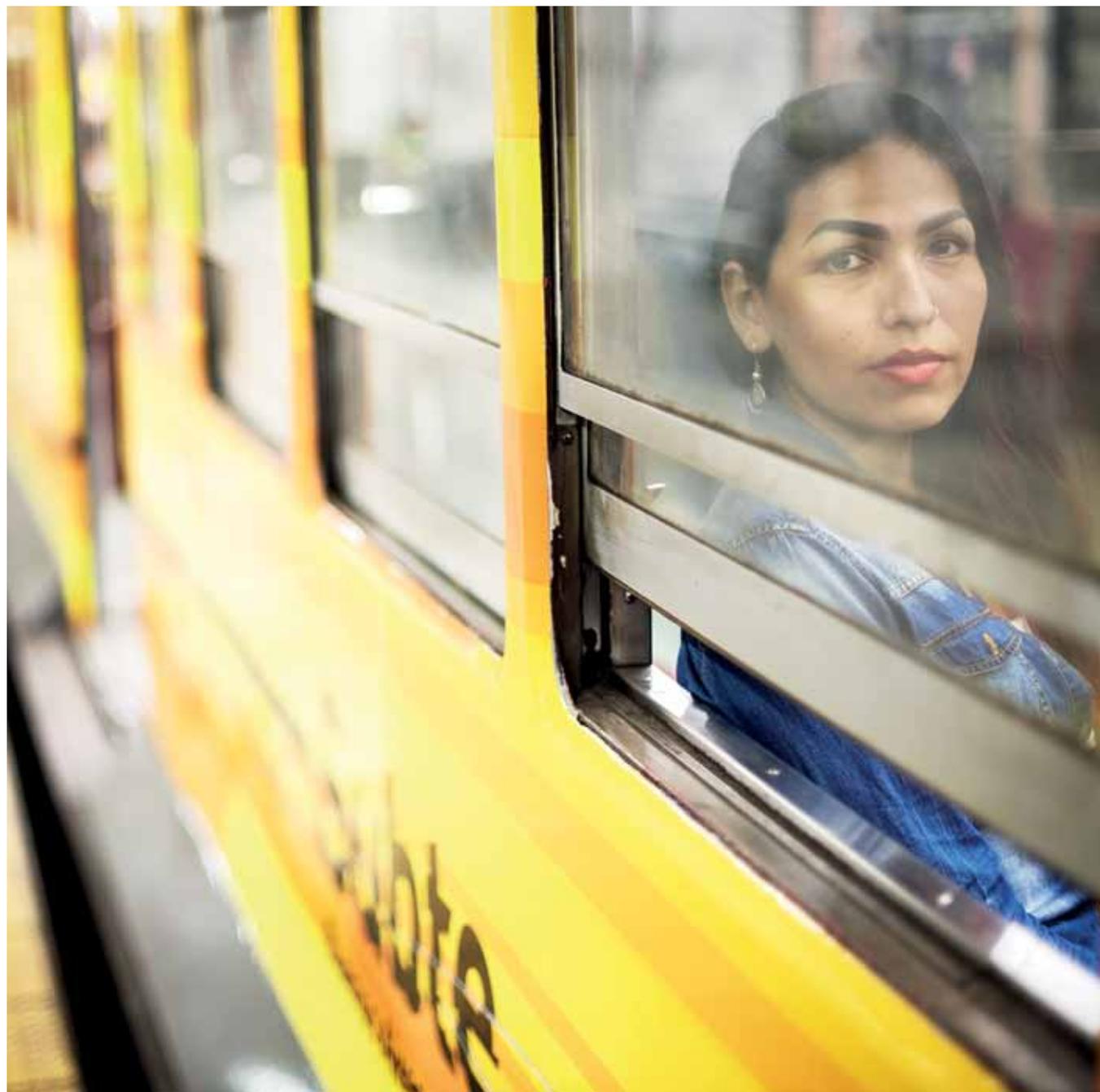
Lo grande o lo pequeño, es siempre una cuestión de medidas, a escala de quien lo observa. Para Esseling, Caracas, con sus tres millones de habitantes, es una ciudad pequeña. Entre comillas, claro. Y el parámetro lo otorga la posibilidad de encuentro, el punto de convergencia de la gente, que es, indiscutiblemente, la Plaza Bolívar. Buenos Aires, en cambio, con la 9 de Julio, tamaña avenida, la más ancha del mundo a los ojos de los porteños, se le presentó imponente a su llegada, hace siete años, cuando decidió iniciar un periplo por “la Patria Grande”.

Esseling venía de haberse graduado en comunicación social en la Universidad Bolivariana de Venezuela. Llevaba iniciado un diplomado en comunicación política, cuando un profesor chileno la sumergió en las desigualdades del capitalismo y le instaló la curiosidad de andar Latinoamérica. Serían tres meses que se iniciarían con un vuelo de Caracas a Lima. Se sumaron dos compañeras. Las tres, a su tiempo, dejaron el trabajo en una institución pública y partieron.

Para Esseling fue un retorno a la tierra de sus padres, donde ella misma había nacido antes de adoptar a Venezuela como su país. Ellos dejaron Perú por razones políticas cuando Alberto Fujimori asumió la presidencia. Primero extrañaron, pero con el tiempo comenzaron a sentirse venezolanos. Y ya no volvieron. Y Esseling lo hizo con veinticinco años. “Yo nací ahí pero no me sentía parte. Era como distinta la gente”. En su percepción cuando regresó como visitante, también Lima le resultó “muy gris”. Lo vivido y querido se volvió punto de referencia: Caracas en un valle, con su cerro tutelar El Ávila al norte, tan luminosa.

En su interminable llanura, la ciudad de Buenos Aires se desplegaba gigante ante los ojos de Esseling. Y si Caracas no lo parecía tanto, tal vez sea porque el mismo monte Ávila le da marco y otra perspectiva. “Para allá está el norte”. Y, con esa brújula, ella rumbeó para el sur. Y aprendió a andar las calles de esta ciudad portuaria, sus barrios, y llegó a rincones incluso desconocidos para muchos de sus habitantes. Uno de ellos fue





la Villa 31, dónde se sumó al Corredor del Plan Nacional de Lectura, dependiente del Ministerio de Educación de la Nación. “No conocía esa carga que tenía la 31. Venía de trabajar en Venezuela en proyectos sociales y, tal vez, por eso no me chocó”. Comedores, escuelas, una biblioteca y hasta la esquina donde trabajaba un zapatero remendón, eran los puntos de encuentro por donde circulaban libros y relatos. De vez en cuando, un narrador transformaba el barrio en mágico escenario para sus historias. Entonces, la gente detenía su rutina y se sumaba al encantamiento.

Pero la villa no fue su primer encuentro con la ciudad. La propuesta de trabajo llegó cuando Esseling ya había empezado a adaptarse, cuando por fin pudo decir: “ahora sí entiendo cómo funciona aquí la cosa”. Los dos primeros años debió aprender a encontrarse y a comprender. A encontrarse y hacerse responsable por su propia vida. “Nadie se iba a preocupar por mí en que comiera”. Y, cuando le apretaba la nostalgia, un rincón ecuatoriano le devolvía sabores más cercanos a los de su tierra. También debió buscar el lugar donde vivir, que fueron muchos en todos estos años. En cuanto a comprender, la idiosincrasia se le hacía ajena. “Allá, si vamos a salir, a las 6 estamos cambiándonos, a las 8 encontrándonos y a las 10 devolviéndonos. Acá todo es diferente”. Y llegó, por fin, a abarcar esta ciudad inmensa, donde, al principio, “me sentía como pajarito en la grama”. Esta ciudad que fue haciéndosele propia poquito a poco.

Si Esseling tuvo una razón objetiva para quedarse y desistir de regresar a Venezuela, fue la inscripción a una maestría en Gestión en Procesos Comunicacionales, en la Universidad Nacional de La Plata. Pero al escudriñar en motivos más inciertos, tal vez fuera su enamoramiento de Buenos Aires. Esseling cursó su maestría completa y dejó abierta su tesis. La promesa a la familia era regresar cuando finalmente la presentara y

aún sigue en pie. “Pero me di cuenta que busqué una excusa, que, en realidad, yo lo que quería es conocer otro lugar, crecer personalmente”.

Y, como pajarito en la grama, aquí y allá, se nutrió de una formación constante, favorecida y alentada por la rica y diversificada oferta, que sumaba a la gratuidad de muchas instituciones. Al mismo tiempo, ofreció sus saberes en espacios diversos. Colaboró en un programa en la Radio de las Madres y, desde allí, hizo su primer acercamiento al feminismo militante y comenzó a concurrir de forma ininterrumpida a los Encuentros Nacionales de Mujeres. Se vinculó, más tarde, con una asociación civil, La Casona de los Barriletes, que trabaja con niños y niñas en situación de vulnerabilidad social y tiene un hogar en el barrio de Liniers. En la institución, es responsable del área de comunicación. Desde allí, se ha sumado a un proyecto de radio, como productora y conductora de un programa semanal, Radio Casona, transmitido por internet, y en que el se abordan temáticas de niñez y adolescencia.

Aprendizajes y enseñanzas fueron jalonando los años que Esseling lleva en Buenos Aires, en esta ciudad donde, sin embargo, “nunca he pasado las cuatro estaciones completas”. En esa vuelta anual a su lugar, a su casa, a su familia, a su gente, le sucede de tener que des-extrañar Buenos Aires. Y, a su regreso al sur, tener que volver a adaptarse. La migración es un ejercicio permanente de descentramiento cuando se vive como lo hace Esseling. Y su mirada sobre la condición femenina, no escapa a ese cambio constante de perspectiva que acompaña su cambio de lugar en el mundo.

En Venezuela, donde los reinados de belleza han sido y son parte de la vida cotidiana y de la imagen al mundo del país, Esseling siempre se ha sentido un poco anti-estereotipo. Crítica de las operaciones, que fueron primero de implantes mamarios, y que lo son,

más recientemente, de glúteos, no puede sustraerse, sin embargo, cuando está allí, a cuidar su arreglo personal “porque siempre se tiene la mirada del otro”. A su juicio, el proyecto político que vivió su país en las últimas décadas, ofreció las condiciones para reivindicar el rol de la mujer. “Pero Venezuela es una sociedad muy machista y conservadora y hay cosas que ni se hablan ni se debaten”.

Con su residencia permanente y un Documento Nacional de Identidad por renovar recién en 2021, Esseling sigue apostando a Buenos Aires. Su experiencia de trabajo en organizaciones sociales, la animó a pensar, junto a dos compañeras de un curso de fotografía, en un proyecto de fotos, para llevar a cabo con adultos mayores del Hogar San Martín, una institución pública de esta ciudad que la sigue atrapando. Lo presentaron a Mecenazgo Cultural y fue aprobado. Tocó buscar un mecenas y lo encontraron. “Fue una gran satisfacción, y me motiva un poco aunque no es tan lucrativo.”

Personas que están solas o cuyas familias no pueden hacerse cargo, personas ávidas de espacios de esparcimiento y dispuestas a poner en juego su creatividad, serán, en esta ocasión, sus espejos en la enseñanza. O tal vez en el aprendizaje, pues Esseling reconoce haberse sentido motivada en la búsqueda del espacio por la edad de esas personas, que se acerca a la de sus propios padres, a quienes tiene lejos. Para cuando termine el proyecto, tras los breves meses que dure, se propone renovarlo y recrearlo, pues de eso se trata, de continuar buscando y haciendo, pequeña, en la grama que representa esta ciudad gigantesca.



Curar la tristeza

Niurka

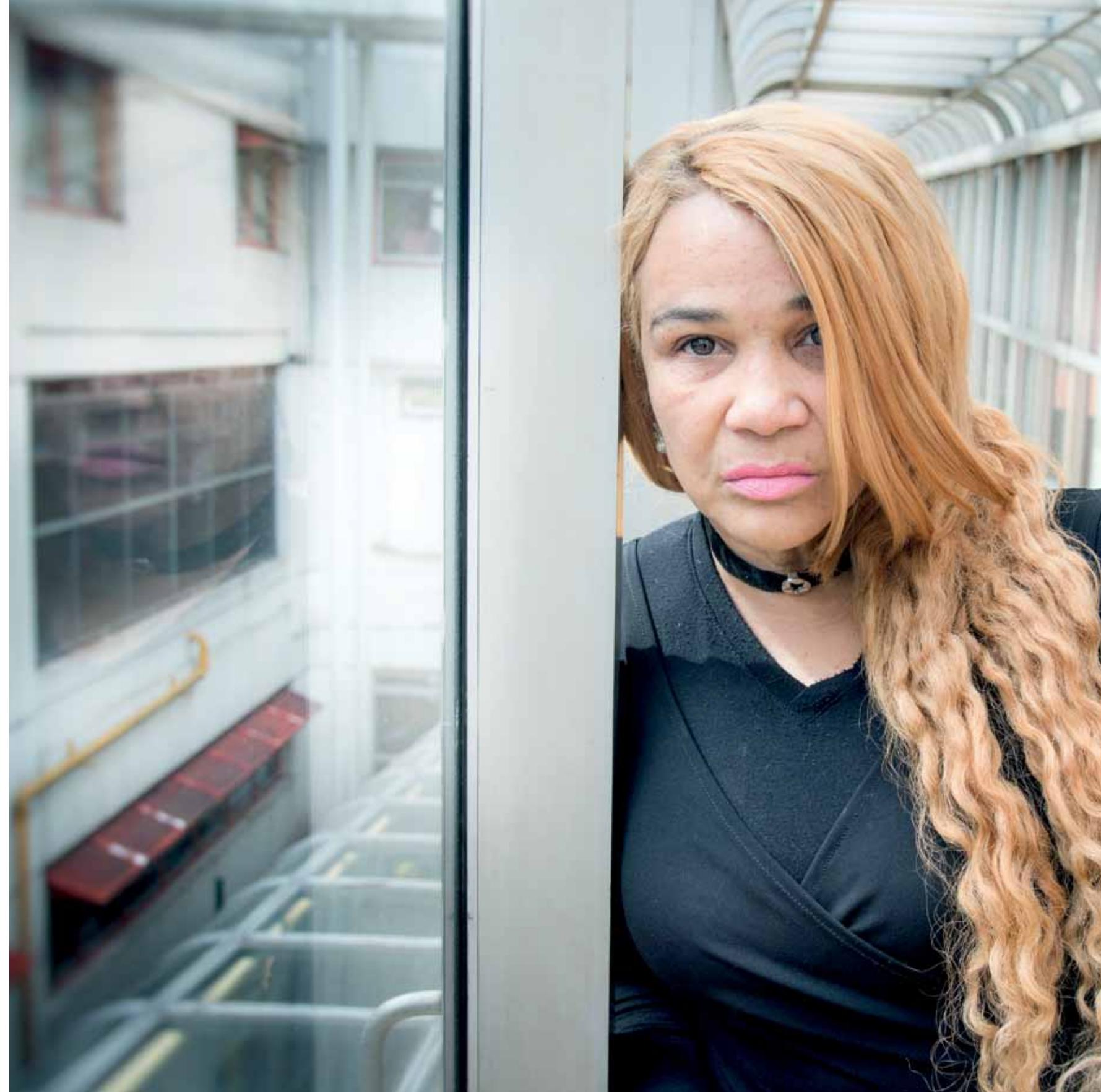
El derecho a la salud

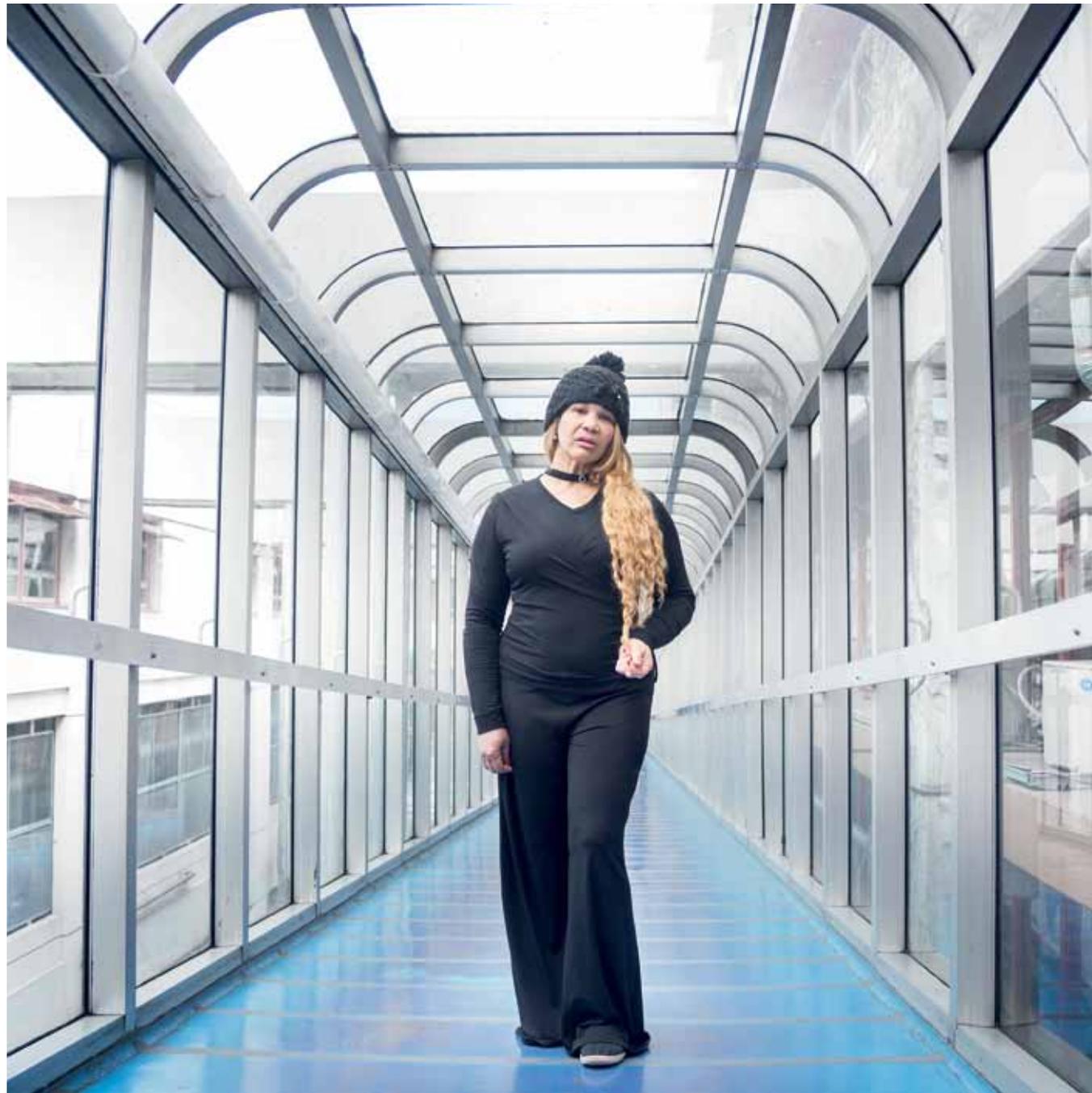
La vida de Niurka, de unos años para acá, puede ser contada sólo con el cuidado que merecen las historias dolorosas, repetidamente dolorosas. Pero, al mismo tiempo, merece ser narrada en su batiente esperanza.

Su historia cercana, de algo más de dos años en la Argentina, se percibe como un derrotero en que cada obstáculo transmuta en desafío: primero, fue captada por una red de trata y escapó; luego, padeció violencia de género de la persona en la que buscó refugio y denunció. A Niurka la mueve un propósito que trasciende las vicisitudes, traer desde República Dominicana a su hija, María de los Milagros, para ser tratada de una dolencia que la mantiene postrada desde su nacimiento.

Niurka mira con ojos tristes, insondables, y solo sonríe de a ratos. El celular, en sus manos, hace las veces de un álbum de fotos. Tiene sólo dos hijas: Ana Liz, la mayor, de nueve años, y María de los Milagros, la pequeña, que va por los seis. Las niñas sonríen a través de la pantalla y Niurka sonríe con ellas y para ellas. Ellas viven con su abuela, en Las Lagunas de Nisibon, a más de cien kilómetros de Santo Domingo.

María de los Milagros nació seismesina. Niurka había sido golpeada por el padre de la niña en el abdomen y el parto sobrevino sin que pudiera evitarlo. La familia vendió cuanto tenía para que la pequeña pudiera sobrevivir. Cuando tenía ocho meses, supieron que no caminaría.





Ana Liz hace las veces de mamá chica de su hermanita menor. Ana Liz es, sin quererlo, o por fuerza de las circunstancias, un eslabón más de una larga, invisible, cadena global de cuidados, cadena que vincula a mujeres de diverso origen que en cada lugar, y de país en país, se transfieren tareas de cuidado para sostener cotidianamente la vida.

De hecho, cuando Niurka llegó a la Argentina, se le ofreció inmediatamente la tarea de cuidado de una persona anciana. Y eso creyó que haría.

Su vínculo con este país lo había iniciado en República Dominicana, en ocasión de una visita de pastores argentinos a la iglesia a la cual concurría. Niurka llegó a la charla que estas personas ofrecían con su hija en un cochecito. Sin percibir su condición, los expositores la invitaron a ponerse de pie. La niña les explicó que no podía caminar y que debían operarla. Turbada por el episodio, la visitante extendió a Niurka la tarjeta de un médico cirujano, profesional del Hospital de Pediatría “Dr. Juan Pedro Garrahan”, de la ciudad de Buenos Aires. La tarjeta fue su motor, o su causa.

Niurka viajó a la Argentina en 2015. Con lo poco de dinero que reunió y que apenas le duró para cuatro días en un hotel. Después, fue la calle, y, por último, una nueva iglesia y un pastor que le ofreció que cocinara para la institución tres días a la semana. Y, mientras tanto, dormir en el Hospital Bernardino Rivadavia e higienizarse en algún Mc Donald. Y sucedió que un día, durante una oración en la que se invocó la situación su hija, un matrimonio se acercó a Niurka para ofrecerle trabajo en una provincia del sur. Cuidaría a una señora mayor. La necesidad le ganó a la desconfianza y aceptó la oferta. Con pasaje pago se embarcó en micro hacia la pequeña localidad petrolera. Un automóvil la recogió allí y lo que siguió fue un secuestro y el ingreso al mundo inimaginable de la trata de personas. Tras ocho

meses, logró escapar al encierro pero no al miedo. “Me ponía peluca”, recuerda.

En su búsqueda de ayuda y en su necesidad de sostén conoció a un hombre que la llevó por la fuerza. “Me hizo todo lo que se le dio la gana”. Pudo huir nuevamente. Una mujer policía fue la primera persona en comprender la situación que atravesaba. Todo lo demás fue el inicio de la azarosa, intrincada, ruta crítica que se inicia tras el padecimiento de la violencia y cuando se decide hacer la denuncia: la línea 137, un hospital de la ciudad de Buenos Aires, custodia policial, botón antipánico, violación de las medidas cautelares por parte del agresor, Oficina de Atención a la Víctima, tratamiento psiquiátrico¹.

Niurka desestimó el ofrecimiento de un hogar, pero sí recurrió a los paradores destinados a quienes están en situación de calle. Muchas veces creyó no poder seguir adelante. Pero pensó en su hija y en la despedida en el aeropuerto de Santo Domingo. Recordó cada una de sus palabras: “Yo te voy a esperar aquí para que me traigas ese doctorcito lindo que va a curar mis pies”.

Se acercó a la Red de Migrantes y se sintió a resguardo. Quiere ayudar. Y lo hace con sus compatriotas que ejercen la prostitución en barrios como Constitución. “Primero trabajamos con el tema salud.” Y en ese acercamiento, se hacen amigas “para que tengan confianza.” Niurka se enorgullece de lo logrado: talleres de costura, repostería, servicio de cuidado de la tercera edad. “Que ellas vean que son importantes y que pueden hacer otra cosa distinta a la prostitución”.

1. La síntesis hace referencia a algunos de los programas, dispositivos, procedimientos, organismos, que son parte de la intervención en casos de violencia de género, contra las mujeres o doméstica.

Niurka sabe que son muchas las mujeres dominicanas víctimas de trata en el país. Suelen llegar “por frontera”, por fuera de los controles migratorios, sin sello de entrada en el pasaporte. Viajan por menos dinero y con más riesgo. En esas condiciones, obtener la residencia precaria se vuelve muy difícil. Aún cuando tienen hijos e hijas nacidos aquí.

Las mujeres constituyen un altísimo porcentaje del total de migrantes provenientes de República Dominicana. Hay quienes, mujeres y varones, han logrado regularizar su situación migratoria. Y, también están quienes no han podido hacerlo. Y Niurka se apresura a aclarar que eso no hace a esas personas ilegales. “Son personas sin radicación. Son víctimas de todo”².

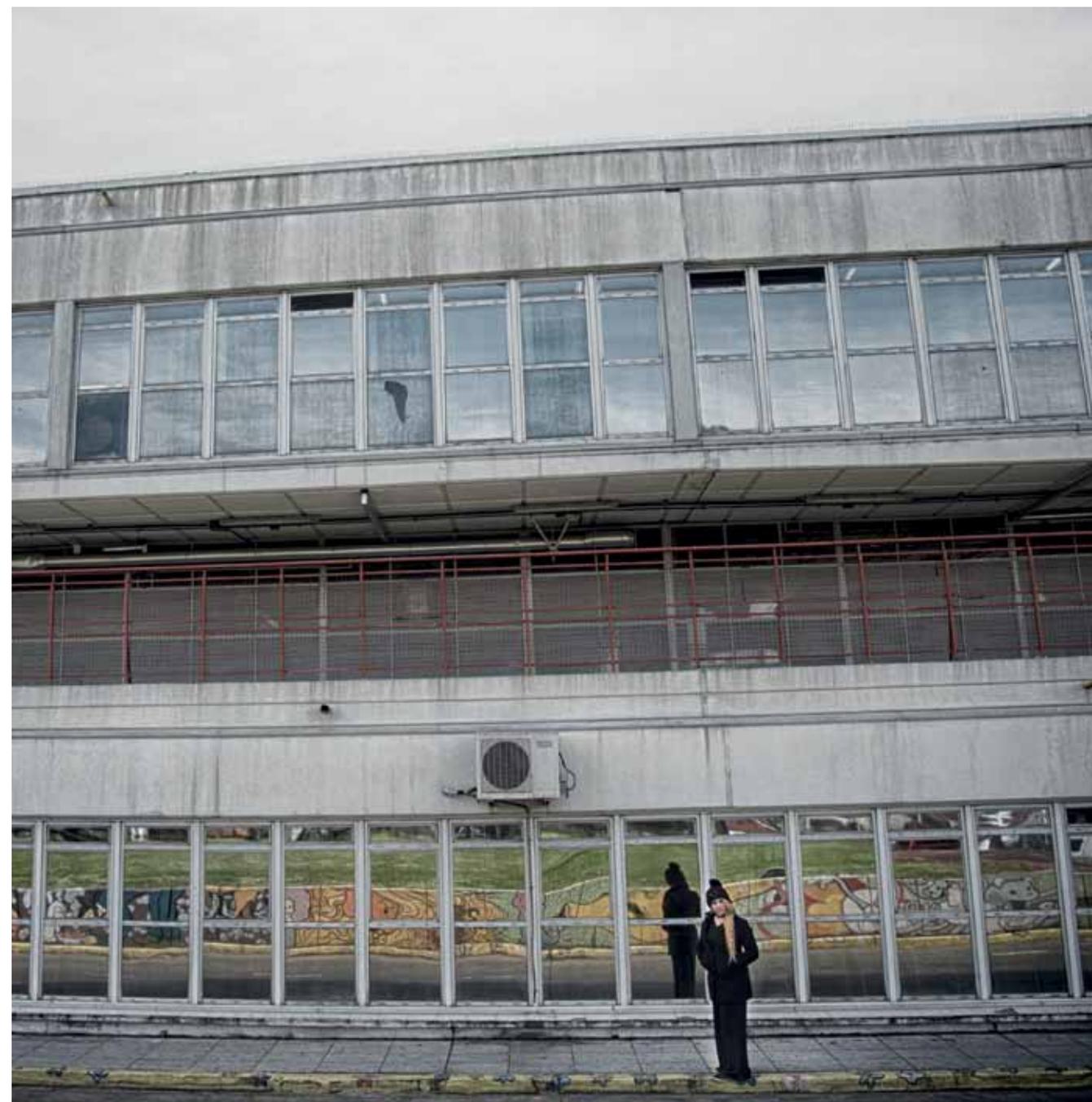
Niurka sabe de qué se trata. “Yo necesito el DNI para traer a mi hija, porque de lo contrario no me dan laburo o me ponen a trabajar por 1000 pesos mensuales.” Niurka contó, inicialmente, con una residencia precaria por razones humanitarias. Luego, perdió su residencia temporaria porque le faltó el dinero que el trámite exigía en el plazo estipulado. Debió, entonces, reiniciarlo y, por fin, obtener su residencia y, con ella, su DNI, “que me costó casi la vida”.

Un nuevo paso en el andar. Porque Niurka no ha dejado de hacerlo desde que llegó a Buenos Aires. Persevera. Y no duda ni por un instante en la elección del lugar dónde fotografiarse: el Hospital Garrahan. Cree. Y sabe que llegará el momento de ir en busca de su hija para ofrecerle la posibilidad de curación en ese hospital.

Tal vez suceda que, cuando regrese a su país a reencontrarse con María de los Milagros para traerla consigo, Niurka pase junto al tradicional Obelisco del Malecón, en la ciudad de Santo Domingo, y se detenga ante el mural *Alegoría a la Libertad* que recuerda a las hermanas Mirabal, las Mariposas. Patria Mercedes, Minerva y María Teresa Mirabal, asesinadas por el dictador Rafael Trujillo, son símbolo y recuerdo del Día Internacional de la no Violencia contra las Mujeres.

Niurka, que ha sabido de violencias, emprenderá, entonces, una vez más, su camino al sur, para materializar su derecho, que es el de su hija, y volver a sonreír•

2. El informe “La migración dominicana en Argentina. Trayectorias en el nuevo siglo (2000-2015)”, publicado por OIM y CAREF, constituye un valioso aporte al tema.



Al andar se hacen derechos

Zulema

El derecho a la justicia

El relato de Zulema es un viaje constante de país a país, de Bolivia a la Argentina, y de tiempo a tiempo, desde la niñez hacia su presente. Se diría que, desde siempre y en cualquier lugar, Zulema ha sido una mujer incansable.

Nació en Tarabuco, capital de la provincia de Yamparáez, una de las diez que conforman el departamento de Chuquisaca. Siendo aún niña, comenzó a colaborar con su padre en el Registro Civil donde él se desempeñaba como notario. Había aprendido de su madre, una mujer de pollera plisada, bilingüe que hablaba quechua y español y un modo de ver el mundo. Esos saberes la volvieron una intérprete invaluable en la oficina del Registro Civil. Algunas de las personas que llegaban para inscribir un nacimiento, lo hacían ajenas a la lógica del calendario y, por ello, no siempre podían dar fechas precisas del alumbramiento. Entonces, ella traducía “el tiempo en que florecían las papas o la Virgen de Guadalupe o el santo patrono de San Juan”, en un día concreto del almanaque. Fue en esas circunstancias que inició el camino de acompañar derechos.

Zulema supo ser observadora precoz de las desigualdades sociales en sus muchas expresiones. Conoció la vida rural, pues su familia paterna era propietaria de tierras, y supo ver el dolor del campesino, doblegado ante el trabajo a destajo y el trato insultante del pa-

trón. También aprendió con las mujeres su triple opresión de género, clase y etnia. Su propia infancia no estuvo exenta de zozobras y vaivenes económicos, y, en muchas ocasiones, debió salir a vender junto a su madre en ferias o mercados. Siguió aprendiendo desde su hacer y mirar infantiles hasta que partió a Sucre para iniciar estudios secundarios. Allí, unió su voluntad a la de otros y otras jóvenes que trabajaban con niños y niñas, con presos y con no videntes.

La determinación de ser abogada le valió de su padre un: “No vas a poder estudiar derecho, no te van a hacer caso, hay pocas mujeres que dediquen a eso”. Y el día que debía inscribirse para contaduría pública, según el mandato paterno, el encuentro casual con una amiga y su propia desobediencia torcieron su destino. Zulema cambió de fila y se anotó en la carrera de Ciencias Políticas, Sociales y Jurídicas de la Universidad San Francisco Xavier de Chuquisaca, carrera de formación vasta que le permitió “ver más allá”. Y, por añadidura, continuar su militancia, ahora en organizaciones estudiantiles.

La carrera profesional de Zulema en Bolivia fue un andar incansable abriendo caminos y haciendo justicia. Su condición de quechua hablante, además de su curriculum vitae le posibilitó ser Juez de Instrucción en lo Civil, Penal y Familiar en el pueblo de San Lucas, “donde realmente son cerrados quechua”. Curiosamente,



también le valió el cargo su condición de mujer. La terna a partir de la cual surgiría la persona reemplazante del juez saliente, estaba conformada por dos varones y ella misma. El temor de que los varones continuaran con prácticas de consumo de alcohol habituales en la zona, inclinó la balanza a su favor. Ya en funciones, Zulema debió atender delitos de abuso hacia las niñas por parte de los maestros en las escuelas. Y “bastó procesar a algunos para parar con eso”.

Llegó, luego, el momento de migrar a Villamontes, en la región del Chaco boliviano, “donde se veía la esclavitud realmente” y donde Zulema se impuso la tarea de reorganizar la Asamblea Regional de Derechos Humanos. Comenzó a concientizar a quienes trabajaban sólo por la comida sobre la importancia de luchar por un sueldo y por beneficios sociales. Y como “cuando una hace esas cosas, nunca es bien vista”, la represalia llegó a través de su marido, a quien despidieron del cargo que tenía como médico. Y la familia completa, con tres hijos pequeños –dos mujeres y un varón–, debió dejar el lugar.

Finalmente, Yacuiba fue el destino. Y otro escenario: la frontera, en la que el chaqueño boliviano se sentía argentino y los migrantes del interior eran discriminados por collas. En el nuevo contexto, como Presidenta de la Asamblea de Derechos Humanos Regional Yacuiba por varias gestiones logró la creación Defensoría del Pueblo, su lucha se sumó a la defensa de los vendedores textiles, de los sin tierra y fue “pelearla duro”. También fundó un Centro Integral de la Mujer que aún funciona. Y en tanto ella se afincaba, su marido partía a la Argentina en busca de una especialización. A Yacuiba es donde quisiera volver, porque hizo mucho para lograr el respeto y consideración, porque tiene amigos, porque vive su madre, a quien la une un lazo profundo. El deseo de reunificación familiar la trajo a Buenos Aires, en 2001, a ella y sus hijos. Y fue un comienzo impensable para una mujer que siempre había trabajado de puertas

para afuera, tan pública y comprometidamente. “Hacer solo los deberes de la casa” fue algo nuevo para Zulema, la angustia de haber dejado las Instituciones que había forjado, su propio estudio jurídico “Verdad y Justicia”, la crisis en la que se vivía en este país, sentía ese dolor que se calla, la que no puede gritarse, la que se aprieta en la boca, esto desencadenó en una agudización de una dolencia en la articulación del maxilar, por lo que recurrió a una odontóloga, la misma le derivó a una psicóloga. Y, sólo entonces, Zulema pudo nombrarse otra vez como abogada, “la primera vez que lo decía desde que había llegado”.

Y brotó nuevamente su voz y se tornó un torbellino de nuevos haceres: tomó contacto con el movimiento de derechos humanos, se sumó a otras mujeres migrantes en proyectos de trabajo por una nueva ley de migraciones, se acercó al Programa Todas de la Dirección General de la Mujer, se vinculó al Centro de Estudios Legales y Sociales –CELS– y a la Comisión Argentina para los Refugiados y MIgrantes –CAREF–. Formó su propia asociación Yanapacuna, que en quechua significa “ayudarnos”. Y continuó estudiando. Hizo la Escuela Sociopolítica de Género en el marco de las propuestas educativas brindadas por el Área de Extensión de la Universidad de Buenos Aires y se reconoció en una práctica feminista que le venía de antes y que ahora engarzaba en conceptos y fundamentos teóricos. Valió su título universitario. Y todo incansablemente.

Su trajinar sin pausa, su trabajar colectivo y con cada quien que la ha requerido, le dan cabal derecho para analizar situaciones y coyunturas. Desde hace un tiempo le viene preocupando cierta mirada social que se empeña en equiparar migración y delincuencia. También, desde una lectura más política, los cambios¹ a la

1. En referencia al Decreto de Necesidad y Urgencia N°70/2017.





actual Ley de Migraciones que pudieran recortar derechos de las personas migrantes. Por último, el acceso de ellas a las justicia.

Cuando se animó a reencontrarse con su vocación en Buenos Aires, instaló una oficina de atención a consultas de compatriotas en el barrio de Liniers, “había sábados que tenía hasta treinta personas”. Luego, ya habilitada para ejercer como abogada, amplió su quehacer profesional a un estudio en el centro de la ciudad. Siempre que se hace necesario “ver más allá”, Zulema ofrece labor de intérprete, como la que de niña le demandaban las personas quechua hablantes del Registro Civil de Tarabuco.

En contextos en que conviven tradiciones culturales diferentes, hay códigos que aprender a descifrar. Y Zulema recuerda “un infeliz día en la noche, en el mes de octubre”, ya hace tres años, en que el gesto de abrigo de una joven madre boliviana a su hijita en un hospital fue interpretado como un acto de asfixia que derivó en un proceso judicial. Una vez más, puso al servicio del caso su saber en el intento por “hacer prevalecer nuestras costumbres” y apeló al aguayo, al frío seco de Bolivia, a modos de arropar y cargar las criaturas como argumentos. Y la joven madre boliviana fue absuelta. “El desconocimiento de costumbres y pautas culturales no puede desencadenar injusticias”.

Y anda Zulema, con convicción, su andar haciendo justicia. Hoy, en Buenos Aires. Mañana, quien sabe, en Bolivia. En la defensa de los derechos humanos, las fronteras se diluyen.●

De lejos dicen que se ve más claro¹

Andrea

El derecho a la paz

Andrea migró desde Colombia, en 2009. Llegó todo lo lejos que su interés por saber, por aprender, le permitió, a sus veintipocos años. Tal vez, sin imaginarlo, quizás intuyéndolo, lo hizo para ver más claro.

A decir verdad, la movilizó una profunda curiosidad por “ver cómo fue el proceso posdictadura”². Argentina representaba, por entonces y desde antes, un modelo interesante de desarrollo en materia de derechos humanos en Latinoamérica. Así se lo habían transmitido en la Universidad, donde entre otras lecturas, analizaban diversos fallos de la Corte Interamericana de Derechos Humanos³. Andrea estudiaba, por entonces, derecho en una de las más prestigiosas universidades privadas de Colombia, la Universidad del Rosario. Formarse allí, le había significado tener que migrar desde su Santander⁴ natal.

1. Verso de una canción de Joan Manuel Serrat llamada *Soneto a Mamá*.

2. La recuperación de la democracia tras el Proceso de Reorganización Nacional, en 1983.

3. Órgano judicial de la Organización de los Estados Americanos (OEA), con sede en San José de Costa Rica, que tiene por función aplicar e interpretar la Convención Americana sobre Derechos Humanos y otros tratados de derechos humanos.

4. Santander es uno de los treinta y dos departamentos en que ese divide la República de Colombia.

Andrea llegó desde Bucaramanga a una ciudad “grande, fría, con gente muy individual, muy en lo suyo”. Llegó de una región “de mucha dificultad”, con el deseo de hacer propio el “rol social del abogado”. Aquellos fueron tiempos de intenso aprendizaje y de profundas crisis. Sus ideales no encajaban con lo que le enseñaban, porque “la gente adolece de muchas cuestiones frente a la justicia”. Se vinculó a compañeros que pensaban como ella, formaron un grupo de estudio, se presentaron con una lista en las elecciones de su facultad. Llevaron al debate “la cuestión de los falsos positivos”, estudiantes, campesinos, indigentes, que, tras desaparecer, eran encontrados con ropa de guerrilleros y como presuntos muertos en combate entre el ejército y grupos armados.

“Yo empezaba a formar mi pensamiento”. En el pensamiento de Andrea, los derechos humanos ocupaban un espacio irrenunciable. Si en las clases, los foros, se hablaba de El Salvador, Nicaragua, Honduras, Argentina, “¿por qué no hacerlo sobre los años de la violencia en Colombia?” Eso nunca aparecía. Andrea supo de becas de formación en el extranjero. Y así llegó. E ingresó a la universidad pública, a la de Buenos Aires. Las imágenes de la Facultad de Derecho en memoria de los desaparecidos la sorprendieron en ese nuevo escenario. Encontró





puntos en común en las desapariciones como políticas del Estado, las del país que dejaba, las del país que la recibía. Y pudo ver más claro.

En la Facultad de Derecho Andrea se vio rodeada de estudiantes a los que les interesaba discutir la realidad de la “justicia”, los lugares relegados a los que no llega, y con la esperanza de devolverle al país que la recibía un poco de lo que aprendía, se sumó como voluntaria en la agrupación política universitaria IURE, dictando clases de apoyo escolar y brindando asesoría jurídica gratuita en Cildañez y Piedrabuena, y más adelante con muchas idas y vueltas, eligiendo quedarse a vivir en Argentina.

Ya instalada en el país, la vida la sorprendió militando por los derechos humanos e interesada por las diferentes discusiones que tenían lugar en el ámbito universitario. Temas como el género y la diversidad, el matrimonio igualitario, la soberanía económica y la necesidad de una “patria grande” avivaban los debates del círculo estudiantil. La efervescencia del contexto y el interés de los jóvenes argentinos en la política como herramienta de cambio social, marcaron la vida de Andrea y, como ella misma lo expresa, “sentí que los colombianos y colombianas teníamos más herramientas para aportar a la paz en Colombia, si nos relacionábamos con las organizaciones sociales y organismos de derechos humanos y les contábamos lo que pasaba allá”.

En una ocasión, mientras participaba de un Congreso sobre Derechos Humanos, Andrea escuchó a una docente argentina que había estado viajando e investigando sobre el conflicto político armado de Colombia, referirse a las respuestas que los chicos de una escuela rural le daban cuando les preguntaba sobre lo que querían ser de grandes: todos y todas hablaban de querer sumarse a la fuerza pública; el Ejército o la Policía Nacional, mientras también se referían a “irse para la guerrilla. La docente lo comparó con su experiencia en

Argentina tan distinta, los estudiantes de las escuelas responden principalmente que quieren estudiar una carrera. “Para mí fue tan fuerte escuchar esto”. Le recordó su niñez, tan distinta, no tan distante, en su pequeño pueblo enclavado en la montaña, y el crecer jugando a ser guerrilleros o policías. Tan naturalizado todo. Y en la escuela, cuando le tocaba analizar noticias, siempre eran de violencia “y hablaban de personas, de poblaciones, de conocidos del pueblo, y de mi propio país”. Tan naturalizado seguía siendo todo.

Y Andrea va enlazando un recuerdo con otro. Y recuerda a su mamá, una docente que educó en un pueblo y en otro pueblo, según la rotación rural le exigiera, a niños y niñas con inmensas carencias. “Siempre me marcaba que valorara el plato de comida”. Y las palabras de esa mujer, encontraron eco en los ojos con que Andrea comenzó a ver la vida. Y un día debieron irse del pueblo donde vivían, y su mamá sólo pudo decirle: “se puso fea la cosa hija, nos amenazaron”. Y los diarios, mientras tanto, daban nombre al escenario donde lo feo se volvía “caliente”, y lo llamaban “zona roja”. Son los eufemismos con que la violencia se nombra y se convierte, entre la gente, parte para poder seguir viviendo, en los medios, para amortiguar la conciencia.

La violencia siempre tiene rostro humano. Andrea recuerda –otro recuerdo más– que su abuelita le contaba de niña que a sus papás los habían matado y arrojado al barranco un grupo paramilitar. Y se conduele del dolor antiguo de su abuela. Y repara en las caras desoladas de los viejos en algunos pueblos y en sus charlas de plaza sobre los tiempos idos. “Es como una juventud que no termina de florecer porque en un momento la realidad de la violencia te chocó”.

Andrea remata su hilván de recuerdos con una alusión al realismo mágico, y con la convicción de que en “ese sincretismo” entre lo pintoresco de la imaginación de los

pueblos y las historias más duras, viven los colombianos. Y las historias más duras, están, en su caso, encarnadas en el desplazamiento forzado.

“Yo lo viví y no lo voy a callar más”. Entonces, Andrea habla del “estigma” que le queda a quien ha sido obligado a desplazarse, y luego por venir de “zona caliente” la necesidad de la persona de callar su origen, por la sola razón de que el explicitarlo la volvería una persona sospechosa. Y añade que, el nuevo lugar, no da garantía de estabilidad; que a quien se desplaza suele quedarle la sensación de querer irse siempre a otro lugar, pero “si además se es un niño o una niña en esas condiciones tardas mucho en comprenderlo y saberlo llevar”

Andrea se fue y llegó a la Argentina y esa llegada significó “empezar a formar una identidad que quizás nunca pude terminar de construir”. Siguió estudiando para obtener su título como abogada, se sumó a cada Marcha de la Memoria, el 24 de Marzo, con su bandera colombiana –“hubo cinco desaparecidos colombianos por la Dictadura Argentina”–, y se encontró con otras y otros colombianos y colombianas que también empezaban a reconocerse, a hablar de lo que “no se podía hablar en Colombia”.

De esas “juntadas” nació el colectivo *Tinto, Mate y Resistencia*. “Estaban los que llegaban con el mate y otros con café colombiano –el tinto–”. Fue pensar por qué habían migrado. Fue encontrarse con otras organizaciones colombianas, que traían más años de experiencia y con presencia de refugiados y exiliados. Fue pensar el fenómeno de la migración colombiana, “la diáspora, que es gigante”. Y fue, sobre todo, visibilizar el conflicto y trabajar por la paz.

Andrea fue representante de un Comité electoral por la Paz en la Argentina. Aquí, como en Colombia, el 2 de Octubre de 2016, se llevó a cabo el plebiscito para

refrendar los Acuerdos de paz entre el gobierno de Colombia y la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Aquí, al contrario que en Colombia, ganó el “sí”. Andrea reflexiona sobre los resultados de un plebiscito que fue vinculante pero que de ningún modo cierra el camino para seguir haciendo. Sucede que, “en general, la violencia del desplazamiento no se conoce”.

“Yo siento que al llegar a Argentina es como que vine con un bichito y que ese bichito va creciendo y se va encauzando”. Andrea afirma que fue aquí donde la historia de su abuela cobró otra dimensión, donde pudo verse niña, de la mano de su madre, abandonando el pueblo. “Mi familia fue víctima de desplazamiento forzado”. Y esa confesión, encierra su descubrimiento como “sujeto político, en determinadas condiciones históricas”.

Andrea afirma que fue aquí donde se exigió desnaturalizar y reconocerse como víctima sin que esta sea solo una historia autocompasiva, sino para formarse y comprenderse sujeto de derechos, donde aquella violencia y hechos que marcaron su vida, la historia de su abuela, y la de su familia, cobró otra dimensión, donde pudo verse niña, de la mano de su madre junto a su hermano, abandonando el pueblo. “Mi familia fue víctima de desplazamiento forzado”. Y esa confesión, encierra su descubrimiento como “sujeto político, en determinadas condiciones históricas”.

En eso de que “de lejos se ve más claro”, hay algo de razón. O, al menos, la ha habido para Andrea. De su historia de migración, podría contarse –y cantarse–, “que no es igual quien anda y quien camina”⁵. Porque Andrea ha dado sentido a su andar, le ha puesto rumbo. Y sigue caminando para dar forma a esa identidad que aún está inconclusa•

5. El verso siguiente, en la misma canción de Serrat.



El reloj del tiempo detenido

Fátima

El derecho al asilo

Sobre un mueble, junto a la mesa del comedor de su departamento, en un barrio céntrico de la ciudad de Buenos Aires, Fátima ha colocado, como una ofrenda, la placa que simboliza el premio Sexto Sentido, obtenido en 2017, por el cortometraje “Entre dos tierras”, el primero que ella ha producido y dirigido.

La obra es el fruto de sus estudios de dirección de cine y teatro, pero es, también y sobre todo, el relato visual vívido de la condición del refugiado, de la refugiada. Las escenas, que discurren fundamente en blanco y negro, enlazan imágenes del presente cotidiano y del pasado reciente, de Buenos Aires y de Homs. El presente reflejado en un simple y cuidado ritual de compras que tiene por protagonista a Ahmad. El pasado cargado de imágenes de heridas de guerra, heridas de las ciudades que insinúan las de las personas. De pronto, irrumpe intenso el verde de un parque y una pareja de jóvenes que ríe, que sueña. El recuerdo se ha vestido de colores. Y, nuevamente, el presente, y una foto en blanco y negro de una muchacha que ríe –la misma del parque– sobre la mesa de luz del pequeño cuarto de Ahmad. Junto al portarretratos, pequeño, elocuente, el regalo recién comprado que su destinataria nunca podrá abrir.

El cortometraje juega con dos símbolos icónicos de Buenos Aires y de Homs, el Obelisco y el Reloj. El Obe-

lisco, íntegro, radiante al sol, el Reloj vacío de esfera y de agujas. Metafóricamente, en Homs el tiempo se ha detenido con la guerra.

La guerra en Siria se inició –o se selló–, precisamente en Homs. A principios de 2012, tuvo lugar una operación militar llevada a cabo por el ejército y conocida como la Masacre en Homs, que sólo cesó por petición de la ONU. Las protestas contra las políticas del Gobierno, que se habían iniciado un año antes, derivaron en una guerra civil a gran escala entre las fuerzas gubernamentales y la oposición armada. La guerra civil desembocó en un conflicto internacional cuando en el enfrentamiento entre el gobierno y los grupos rebeldes se pusieron en juego intereses de varios países extranjeros.

El horror cuenta Fátima que relatan los testigos, entre los cuales había amigos y familiares suyos, se desencadenó en un parque de la ciudad. El lugar de punto de encuentro y disfrute se transformó en escenario de muerte, tras una sucinta advertencia estalló la guerra. Fátima dejó el país junto a su marido. Huyó de una pesadilla pero otra la acompañó hasta la Argentina. Separada de su familia, sola, en un país extraño, la violencia que venía sufriendo puertas adentro de su hogar se vio incrementada. En su decisión de divorciarse debió enfrentarse a las normas de su propio país “que le dan la razón al hombre” y al peso que en las mujeres de su





colectividad tiene la tradición, aún a la distancia y en otro contexto. Tal vez por eso Fátima insiste en hablar de la condición de la mujer por sobre la guerra. Sunitas, su familia lo es, y alauitas, representan diferencias religiosas y políticas, pero un sustrato cultural profundo diluye esas diferencias cuando se trata de decidir el lugar de las mujeres.

Finalmente, obtuvo su divorcio y regresó a Siria. Permaneció por poco tiempo. Una vez más se le impuso el drama de la guerra y volvió a la Argentina. En esa ocasión lo hizo en condición de refugiada, fue en agosto del 2014. Esta vez la vida le dio revancha, formó pareja con Walter

y llegó una hija que recibió un nombre evocador: Siriana. Fátima, que en su país había trabajado en producción televisiva, decidió continuar su formación y se inscribió en la carrera de Dirección Teatral. En una ocasión, mientras realizaban un ejercicio práctico frente a sus compañeros dramatizó la muerte de un hombre en la calle. La primera reacción del grupo fue risueña y debió ella explicarles que se trataba de la guerra. Eso tan extraño hasta que acontece y cuando acontece irrumpe en los seres humanos imprevisiblemente y se encarna brutalmente. Fátima lo expresa y lo vive a la distancia “cuando hay mucho dolor vos perdés el sentido (...) te acostumbras a tanta violencia”. A su padre, un hombre



vital, Fátima lo ve vencido. Las que fueron sus tierras fueron arrasadas. Su hermano al desistir de realizar el servicio militar tuvo que partir al Líbano mientras su mujer permanecía en Siria. Edificios conocidos, habitados, hoy son esqueletos sin paredes. Y el reloj de su ciudad ha quedado vacío de tiempo. Y la gente huye.

Argentina, ha recibido algunas familias. Sin embargo, más allá de las diligencias en materia de visado y residencia gran parte de la responsabilidad por los/as refugiados/as recaen en quienes se comprometen como particulares a acogerlos. Trabajar, alquilar, aprender el castellano se vuelven desafíos, a veces más allá de lo

posible. Es por eso que muchos desisten y dicen “vuelvo, a pesar de que conocen lo que sucede allá”

Fátima ha podido, ha sabido, ha querido sortear los desafíos. Se ha propuesto abrir en el tiempo que corre un restaurante. Lo ha logrado, junto al único hermano que pudo por el momento traer con ella. Keppe relleno, baba ganoush, falafel, taboule, hummus serán algunos de los platos del convite gastronómico. ¿Quién sabe cómo nació el proyecto? Lo cierto es que representa un modo de volver a la propia tierra y una aportación a lo nutricional. Metafóricamente, una manera de seguir estando viva, de sortear la propia guerra.●

Galicia en un jardín

María Rosa

El derecho a la memoria afectiva

Hay un jardín en una casa del barrio de Floresta donde el verde crece, desborda, eclosiona. Un jazmín celeste –celeste en flores, pero verde en hojas– trepa sin más límite que la pared medianera que lo sostiene. Lantanas, hortensias, crisantemos, mentas, romeros, salvias, apenas dejan entrever un hilo de sendero. Y aquí y allá asoman las retamas, que “en Galicia se llaman xestas”, en delicado movimiento, pintado el sol en sus flores. Y no falta la parra ni el tronco de un castaño que se secó. Las retamas, como la parra, como el verde todo, evocan a Galicia. El jardín de la calle Joaquín V. González, en Floresta, fue bautizado¹ con el nombre de “Pequeño Marrozos”. Porque Marrozos es la parroquia donde, hace más de sesenta años, nació María Rosa, la habitante de esta casa.

1. El nombre le fue dado por el Profesor Xosé Manoel Núñez Seixas, director de la tesis doctoral de Ruy Farías Iglesias, historiador especializado en inmigración gallega y exilio republicano español, hijo de María Rosa.

María Rosa es particularmente sensible a su entorno más próximo, a su jardín, al “paisaje emocional” que captura con su mirada. Ella, que de muy niña fue perdiendo la audición como consecuencia de un sarampión que derivó en otitis crónica, aprendió a desplegar una enorme capacidad de observación. Porque ha sabido mirar, hoy puede contar con precioso detalle, haciendo foco, las pequeñas cosas y las profundas marcas de la migración.

Cuando llegó a Buenos Aires, junto con su madre y su hermano, María Rosa no había cumplido los cinco años. En la gran ciudad sudamericana, en “la quinta provincia gallega”, como solían llamarla por la cantidad de inmigrantes de ese origen que en ella residían, los esperaba su padre. Ese hombre “seco y poco demostrativo” que descubrió a su llegada, ese hombre que alguna vez combatió en la guerra civil, había migrado a América cuando ella tenía tres meses, a instancias de





unos primos que tenían una importante panadería en el barrio de Constitución. Ese padre, era un “hombre muy independiente, muy ambicioso, en el sentido de progreso”. También, “muy honesto y muy trabajador, pero tenía la idea de que todo debía ser con rigor”.

Fue muy difícil para María Rosa acomodarse a un padre tan alejado al de la imagen que había forjado a la distancia. Pero más difícil fue asistir como testigo a la pérdida del rol de jefa de hogar de su madre, que “bajó a ser la dependiente de papá”. Su madre sintetizó el lugar de muchas mujeres inmigradas en la década del 50 que “trabajaban, planchaban, cosían, lavaban, pero dentro de la casa, porque al hombre lo menoscababa que lo hicieran afuera”.

Una casa en Quilmes fue el primer hogar de María Rosa en el Río de la Plata. En una calle de tierra, donde había un ombú. “Yo estaba enamorada del ombú porque era el único árbol del lugar y me recordaba a Galicia, que era todo bosque”.

Desde la ventana del dormitorio, en la parroquia de Marrozos, María Rosa veía el bosque. Despertaba y el bosque estaba siempre frente a ella. Y, desde la ventana, también se veía una parra inmensa, la de la casa de su abuelo materno, que estaba junto a la suya. Ella era la nieta preferida de ese abuelo. “Y cómo no iba a serlo”, si no tenía a su papá con ella y si era la que, además, se iría lejos tan pronto. Ese abuelo “fantástico” fue todo lo cariñoso que no supo ser su papá. Ese abuelo fue quien tomó de la mano a su hermano mayor que “se negaba rotundamente a subir” al buque Yapeyú, el 2 de marzo de 1953, día que partieron de Vigo rumbo a la Argentina. Ese abuelo era el que la llamaba Rosiña y celebraba el rosado de sus mejillas diciéndole: “tes duas mazás na tua cariña”².

2. “Tienes dos manzanas en tu carita”.

María Rosa llegó a la Argentina sin hablar castellano, porque aún no había ido a la escuela y no le había tocado vivir el disciplinamiento lingüístico impuesto por Francisco Franco. Llegó con su lengua, con las palabras de su universo cotidiano: “carballo”, “pote”, “saia”³, y con sus vacas y sus cabras y sus gallinas. Y sus compañeros de escuela “se reían” y ella empezó “a reprimir toda esa parte” de su identidad. Extranjera y campesina. “Lo que más me afectó, lo que más me lastimó, fue la descalificación social”. En su experiencia, es peor la burla que el odio. Y lo fundamenta de este modo: “En el odio hay descalificación pero en un plano de igualdad; en la burla, hay subestimación; cuando burlás, inferiorizás”.

Migrar, es, en parte, “perder las referencias culturales”, dejar de ser “una par”. María Rosa recuerda de su primera infancia que “hablaba el mismo idioma, tenía las mismas costumbres, comía lo mismo, tenía un paisaje”. Y hasta del problema de su sordera la protegía ese paisaje, porque el campo era un ámbito muy silencioso. En la gran ciudad y en la escuela se hizo notoria su grave pérdida auditiva. Sus padres se ocuparon, la trataron, “fueron muy responsables”; pero una operación y una parálisis facial, cuando tenía catorce años, tornaron más difícil su situación.

El amor propio y el rigor paterno no le permitieron a María Rosa aflojar. Sin embargo, siente haberse construido “con mucha soledad”. La condición de inmigrantes de sus padres y el recelo hacia la nueva cultura limitaron su inserción social. “La calle para mi mamá era un territorio peligroso”. Esa mujer que era su madre, “muy delicada, muy sensible”, de haber podido elegir, no habría migrado. Precisamente, “le costó mucho adaptarse, porque no quería venir”. Por eso, tal vez, siguió cantando en gallego.

3. Roble, olla, pollera.

María Rosa terminó la escuela secundaria como excelente alumna y decidió estudiar Letras. Un matrimonio y un divorcio, el trabajo independiente, la atención de la casa, el cuidado de sus hijos, –una mujer y un varón–, la responsabilidad por mantenerlos, le impusieron otras prioridades. Y, aunque no terminó la carrera, escribió una novela –que espera publicar– en la que la migración y la sordera se conjugan. “La novela muestra cómo te golpea emocionalmente la falta de audición y la descalificación”. En ambos casos, se trata de pérdidas, la del oído, involuntaria, y la de la cultura, impuesta por circunstancias ajenas, en especial, cuando se es niña.

“El chico no elige, al chico lo llevan. No le preguntan si quiere irse, lo obligan a irse”. Para María Rosa, la reacción emocional del chico es la del exiliado, forzado a partir. Ella la resume en “bronca hacia los padres” y, de un modo más descarnado aún, como “sentirse abusado de alguna forma”. De eso se trata el dolor por las pérdidas; de una herida que no se cura. María Rosa no volvió a ver a su abuelo y llora cada vez que lo recuerda.

Tal vez por eso, reparatoriamente, Galicia siempre vuelve, en los recuerdos personales –“fui una niña muy

alegre, muy contenida afectivamente, cuando vivía en la aldea”–, en la enumeración de la toponimia –“el gallego tiene un afán de nombramiento para todo, el río, la cañada, el remanso, el bosque”–, en la valoración de la lengua –“la primera poesía lírica de España fue la gallega”–, en la reconstrucción de la historia –en Galicia tenemos castros, poblados fortificados, se dice que hechos por los celtas, tal vez anteriores a su llegada”–.

Para María Rosa, todo cuanto refiere a la identidad tiene valor emotivo y constituye a la persona. “Es su estructura, su columna vertebral”. Es lo que siente y no lo que lo que otro u otra opina que debe sentir. “¿Por qué tenía yo que dejar de sentirme gallega para ser argentina? ¿Por qué no permitirme ser las dos cosas?”

Tal vez por esas preguntas y a modo de respuesta, en la pared medianera del “Pequeño Marrozos”, junto al jazmín celeste –celeste en flores, pero verde en hojas–, María Rosa eligió colocar una cerámica, donde es posible apreciar, delicadamente pintado, un hórreo, un carro y un pajar.

En un jardín de Floresta, María Rosa reconstruye el paisaje emocional y preserva la memoria•



En ñandutí y crochet se teje la vida

Tomasa

El derecho al trabajo

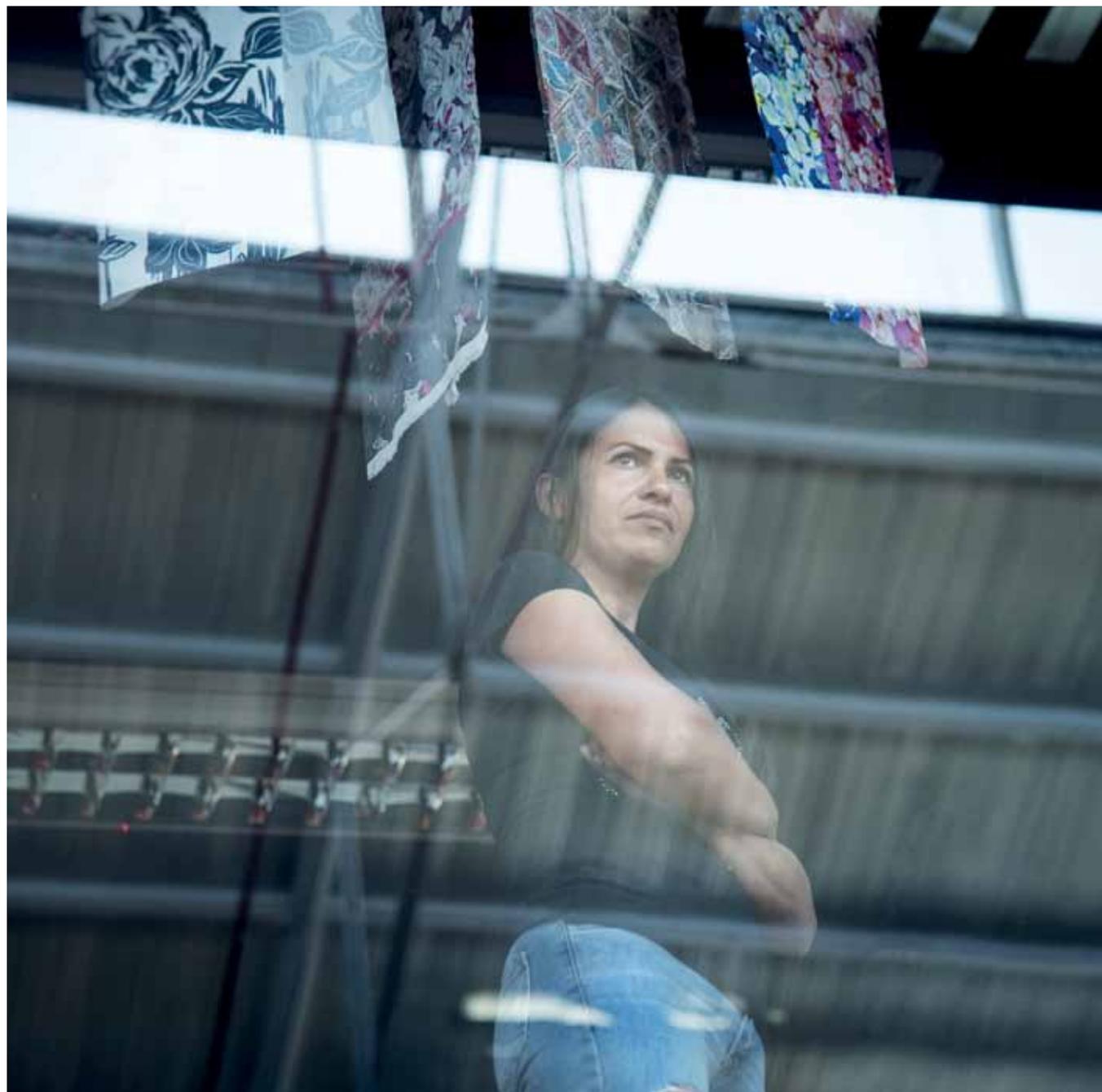
• De dónde viene el saber hacer de las manos de Tomasa? ¿De dónde trae el movimiento de danza de sus dedos? Ella dice: “Pareciera que nací con eso”. Y, en parte, así debe ser, porque Tomasa nació en Paraguay, en Caaguazú, más precisamente, y fue aprendiendo a tejer desde niña, observando, perseverando.

Cuando tenía catorce años, Tomasa se acercó a un lugar donde las hermanas franciscanas habían organizado un programa de promoción de la mujer. Jóvenes llegadas de diferentes localidades, todas de escasos recursos, se reunían a lo largo de una semana para aprender a tejer, entre otras actividades. Tomasa es zurda y, por esa razón, se negaban a enseñarle. “Y tuve que aprender sola”, mirando a las demás.

Y aprendió a bordar el *ñandutí*, sobre un bastidor cruzado, con aguja chiquita, cortando luego la tela, almidonándola. Y, después, el *miñardi*, que se trabaja con horquillas, el hilo girando por el alambre. Y, finalmente, el *encaje ju*, sobre una malla de hilos finos, y bordando con lanzadera. Y mientras aprendía a bordar, estudiaba. Y cada paso en sus estudios le significaba un movimiento: del campo a Caaguazú, para cursar la escuela secundaria, de Caaguazú a Asunción, donde inició la carrera de economía y, nuevamente, a Caaguazú, para estudiar administración de empresas.

A Tomasa se le hizo imposible costear los gastos de sus estudios. Debió interrumpirlos en el cuarto año. Entonces, decidió migrar más lejos aún, a la Argentina. “Me





vine para juntar plata y, así, volver allá”. Pero no fue así, no pudo serlo. En los diez años que lleva en este país, sólo regresó a Paraguay en dos ocasiones y lo hizo por poco tiempo.

Tomasa llegó a Buenos Aires en el año 2007. Se instaló en la villa 21-24, en Barracas. Vino con una amiga que pronto formó pareja. Quedó sola y sin lugar donde vivir. Empezó, entonces, a trabajar “en una casa ajena, como empleada doméstica”. Y cuando “voy surgiendo”, comenzaron las adversidades: un robo y la sustracción de sus documentos, la pérdida del trabajo, la gestión de un nuevo documento, otro trabajo, el encuentro con el padre de su hijo.

A los dos años de su llegada, Tomasa supo que estaba embarazada. Y, tan pronto como quedó embarazada, su pareja la abandonó. O se alejó del todo, pues nunca habían vivido juntos. Más bien, habían sido meses de “va, viene, va, viene”, entre ella y otras mujeres, de maltrato emocional, de violencia verbal, de una humillación “que te tiraba ahí en el lodo”. Cuando evaluaron que su embarazo era de riesgo, Tomasa debió dejar su trabajo. Sostuvo el alquiler con el poco dinero con que contaba y, hasta donde pudo, con la buena voluntad del dueño. Después, fue la calle, “pero la calle, eh”, en el más literal –o real– de los sentidos.

Entonces, acudió a una figura emblemática en el barrio, al padre Pepe, que habló a la Dirección de la Mujer “y, en un día, hicieron todo”. Desde Barracas, dónde fueron a buscarla, llegó a la Casa Juana Manso¹. Su bebé nació allí, o, mejor dicho, en el Hospital Dalmacio Vélez Sarsfield, mientras vivía allí.

1. La Casa Juana Manso es uno de los dispositivos convivenciales pertenecientes a la Dirección General de la Mujer del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, que ofrece alojamiento a mujeres víctimas de violencia de género y a sus hijos/as.

Un año y cinco meses permaneció Tomasa en la Casa, primero embarazada, luego con su hijo Donato. En todo ese tiempo, la Casa fue su hogar, con todo lo complejo que representa conciliar una institución y un hogar, pautas que han de aceptarse y espacios y momentos de intimidad.

“Vivir en un hogar tiene sus pro y sus contra”. Es un lugar donde la ayuda se vuelve tangible e inmediata; “cuando vos necesitás, al toque está la otra persona”. Pero, claro, esa otra persona está con su personalidad, con su carácter, con su conducta. Y son todas diferentes y “cada una tiene su forma de pensar”. El hogar es, además, “el lugar donde tenés todo”, pero, por eso mismo “te quedás como si fuera estancada”. Y Tomasa quería “progresar” y, por eso mismo, salir.

Tomasa comenzó a trabajar de cocinera en un Centro de Primera Infancia, cercano al Parque Avellaneda, al que concurría con su hijo pequeño. Cuando Donato cumplió un año, madre e hijo dejaron el hogar con un subsidio habitacional².

La vida autónoma, con un niño pequeño, no fue fácil. Y Tomasa, porque sabe hacer con sus manos y porque estudió administración de empresas, se propuso trabajar independientemente. Y hace arreglos en costura. Y teje. Y sigue trabajando en casas de familia. Regresó a la villa que la había recibido cuando migró y alquiló un nuevo cuarto, pequeño. Dice que trabajar por cuenta propia es una ventaja “porque no dejo a mi nene con nadie”. Y obtuvo una beca para seguir estudiando y se recibió de operadora de máquina en el Centro Metropolitano de Diseño. Por ahora, cuenta con una máquina

2. El subsidio habitacional es un recurso otorgado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, dirigido a personas solas o familias en situación de calle para “mitigar la situación de emergencia habitacional de los residentes en el ámbito la Ciudad Autónoma de Buenos Aires”.

familiar, chiquita, pero necesita tres: overlock, recta y collareta.

Con el propósito de conseguir las máquinas, Tomasa se sumó al Programa de Empleo Independiente que ofrece el Centro de Integración Laboral³ de su barrio, destinado a microemprendedores y microempendedoras. Participar del Programa tiene sus requisitos. En primer lugar, “tenes que saber hacer cosas y diferenciar tu producto.” Además, cumplir con una serie de cursos. Recién entonces, llega la ayuda económica. “La plata no te va a venir así nomás. Tiene su proceso y su forma”. Otra de las condiciones es que el espacio donde instale sus máquinas sea el adecuado. Y Tomasa piensa que si el dueño de la pieza que alquila “agrandar un poquito más una pared”, tal vez, quepan las máquinas. Si cada paso se cumple, llegará el dinero para comprar insumos, y llegarán las máquinas: la overlock, la recta y la collareta.

Con su saber hacer, por su necesidad de conocer más gente y porque le ofrece un espacio posible en el que mostrar y vender sus tejidos, Tomasa participa, cada sábado, de la feria artesanal que se levanta en la calle Iriarte al 3500. Mantas, mesas, y la promesa de estantes. Un ejercicio semanal de compromiso y solidaridad entre vecinos y vecinas. Peluches, almohadas, vestidos. Cada quien lleva lo propio y entre todos y todas acuerdan los precios.

De la feria al taller de ajedrez de su hijo, o a fútbol con él, y, en la semana, llevarlo a la escuela, y tejer y coser. Y el trabajo que va llegando, y “la necesidad de ver la ganancia” y la convicción de ir avanzando.

Este fin de año, Tomasa se tomará un descanso y viajará a Paraguay donde vive su hija mayor, de 14 años, al cuidado de su tía y de su abuela. Y tiene un motivo para sentirse particularmente orgullosa: Karina, que así se llama la niña, “va a ser la mejor egresada de noveno grado”. Donato también se sentirá feliz, él que tanto reclama “por qué no vamos allá o ella viene acá”. Y Karina que no quiere dejar a su abuela. Estos hermanos a la distancia se han visto sólo dos veces en la vida, pero “es impresionante la unión que tienen.” Tan lejos y tan cerca. De esta manera se construyen, se piensan, se quieren y se extrañan las familias transnacionales.

Donato podrá practicar el guaraní que va aprendiendo en la escuela. Porque el guaraní ha sido incorporado como materia en algunas escuelas primarias de la ciudad de Buenos Aires. Y Tomasa renovará su lengua materna, la que sigue hablando en Buenos Aires, porque “el guaraní es lo máximo para mí”. Y, para convencer de eso a quien la escuche, elige la palabra *rojaiju*. “Si alguien viene y te dice que te quiere, es simple. Cuando hablás en guaraní y decís *rojaiju*, ¡guau!, se me hace la piel de gallina”. Así de profundo, así de emotivo•

3. Su creación fue impulsada por la Subsecretaría de Trabajo, Industria y Comercio del Ministerio de Modernización, Innovación y Tecnología del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.



Agradecimientos

A Claudia Vásquez Haro, Emiliana Mamani Chávez,
Rosa Ortega, Lourdes Rivadeneyra, Neusa María Santiago,
Esseling Anchayhua Arbieto, NiurKa Orquídea Breton,
Zulema Montero Barrientos, Andrea Sánchez Acevedo,
Fátima Berro, María Rosa Iglesias López y Tomasa Díaz Giménez,
por permitirnos compartir el camino y la lucha por sus derechos
como mujeres y como migrantes.

A Eleonor Faur, por ofrecernos generosamente prologar este libro.

A Lelia Gándara, por su generosa lectura y correcciones.

Al Programa Fortalecimiento a Organizaciones de la Sociedad Civil.

A Valmir S. Vieira de Conviven.

A Magdalena Masseroni de ACNUR.

A la Dirección General de la Mujer, por brindarnos el espacio
para concretar este proyecto.

INMIGRADAS

Este libro nos lleva al encuentro con doce mujeres que han migrado. Es parte de un proyecto que tiene el propósito de enlazar la migración con los derechos de las mujeres y, desde ese entrecruzamiento, invitar a la reflexión y contribuir a la sensibilización con un sentido de aprendizaje. Porque, bueno es recordarlo, la migración es un derecho humano, esencial e inalienable.

Inmigradas nos presenta a mujeres que cruzaron fronteras, mujeres que llegaron a este país porque alguna vez debieron, quizás eligieron, dejar otro, mujeres que iniciaron un movimiento real, que significó también un movimiento íntimo y singular. Modelándolo en sus experiencias y vivencias personales, apropiaron un universo distinto, sin desprenderse del todo de paisajes, aromas, lenguas, afectos, que traían desde antes y desde otro lugar. Y en ese proceso de aprendizaje y apropiación, también les tocó reconocerse, a veces de un modo doloroso, en los imaginarios creados en torno a su doble condición de mujeres y migrantes, atravesadas por razones de clase, etnia y nacionalidad.